

# El hábito de la pasión

**Cartas de amor de Sor Mariana**

Ignacio Vélez Pareja

A Ramón de Zubiría, Tito.  
Con amor paternal,  
fue mi maestro,  
consejero,  
confidente,  
cómplice  
y amigo.  
Paz en su tumba.

## índice

### •Mariana Alcoforado o el corazón lacerado.....

- «No puedo deshacerme de este papel que ha de ir a tus manos».....
- «¿Acaso tengo obligación de rendirle cuentas de mi vida?».....
- «...me gusta todo lo que hice por ti, contra todas las reglas del decoro».....
- «...aquí no había visto sino gente adusta».....
- «...me tenían encerrada desde la infancia en este convento».....
- «¿Me dejé encantar por cualidades muy mediocres!».....
- «Tan abatida quedé por esas violentas emociones...».....
- «Es muy justo, al menos, que soportes los lamentos de esta desolación».....
- «...un corazón sensible no puede olvidar jamás».....
- Nota técnica del traductor.....

### •Cartas de Amor de Sor Mariana.....

- Primera Carta.....
- Segunda Carta.....
- Tercera Carta.....
- Cuarta Carta.....
- Quinta y Última Carta.....

### •Cartas Portuguesas. Texto portugués de Cordeiro.....

### •Epílogo: ¿Adiós, Mariana?».....

### Mariana Alcoforado o el corazón lacerado

Dedicado a los que sufren por amor, por abandono, por olvido. A los que la vida les ha ganado la partida. A los que lloran en silencio. A los que esperan sin remedio y sin esperanza. A los que viven en soledad.

A los que -como diría Verlaine- les llueve en su corazón.

Este trabajo se inició el jueves 2 de marzo de 1978, al atardecer, en una calle del norte de Bogotá, después de un seminario con Tito de Zubiría sobre la poesía de don Antonio Machado; ese día fue decisivo para comprender la importancia del amor en mi vida. El tema me perseguiría sin escapatoria. De esa época datan algunas ideas y convicciones sobre el amor, aquí expresadas. Algo más de doce años atrás yo había quedado impresionado al leer la corta cita que hace Ortega y Gasset de las cartas de Mariana Alcoforado, la monja portuguesa, «dirigidas a su infiel seductor», en el artículo “Facciones de amor” incluido en su libro *Estudios sobre el amor*<sup>1</sup>. Quince años después, vuelto a leer el libro, quedé “enamorado” de Mariana y empezó una búsqueda obsesiva de los textos completos de las Cartas. Las personas conocidas que podían saber de su existencia, algunos de ellos intelectuales de reconocida trayectoria en el país, no sabían de ellas; es más, se decía que eso era un invento de don José Ortega y Gasset. En 1988 las volví a encontrar mencionadas por un paciente de Igor Caruso, en su libro *La separación de los amantes*<sup>2</sup>.

Librerías de viejo, librerías modestas y elegantes, locales y nacionales, extranjeras también, bibliotecas públicas, en fin, por todos lados hacía indagaciones infructuosas. Se aliaron a esta búsqueda algunos jesuitas amigos, quienes me pusieron en contacto con Fabio Ramírez, S. J., decano de Filosofía de la Universidad Javeriana. Generosamente, el padre Fabio me llegó con una noticia buena y otra mala: la buena era que una profesora

---

<sup>1</sup> José ORTEGA Y GASSET. *Estudios sobre el amor*. Madrid, Revista de Occidente, 1940; 15ª Ed., 1964, p. 69.

<sup>2</sup> Igor CARUSO. *La separación de los amantes*, México, Siglo XXI Editores, 1968; 12ª Ed., 1985., p. 71. Traducción de Armando Suárez y Rosa Tanco.

de la Facultad tenía el libro de las Cartas y la mala era que no lo encontraba en su biblioteca. Le conté que había buscado el libro en la Biblioteca de la Universidad, sin éxito. Como él había sido su director en una época, me hizo algunas sugerencias para mejorar la búsqueda, gracias a las cuales pude, por fin, encontrar una edición de las Cartas de la monja portuguesa. ¡Lo encontré! Entendí el significado del “¡Eureka!” y el placer que debió de sentir Arquímedes al hacer su descubrimiento. Al principio tuve alguna desconfianza, pues aparecía como autora Mariana Soror. Al recibir el viejo y precioso libro<sup>3</sup>, mi corazón estallaba de alegría y hasta cierto punto de desilusión, pues era una edición portuguesa; pero después de leer el texto concluí que podría traducirlo. No lo hice con esta edición, pues después conseguí otra, también portuguesa, que conceptué de mayor valor histórico-lingüístico, sobre todo a la vista ya de algunas traducciones españolas. De cualquier forma, para el padre Fabio, mis agradecimientos sinceros.

También debo hacer especial mención de Hernando Silva, S. J. y de Jorge Jaime Vásquez, S. J. (q.e.p.d.), de quienes recibí información y comentarios sobre la vida monacal en general y en particular del siglo XVII. Así mismo, sin la eficiente colaboración de Fanny Moncayo y la muy especial de Clara Inés Chaves, del Ministerio de Relaciones Exteriores, no hubiera sido posible obtener copia del libro de Luciano Cordeiro, *Soror Marianna a freira portuguesa*<sup>4</sup>, texto clave para entender su historia y que está agotado hace muchos años, pero del cual existe copia en la Biblioteca Nacional de Lisboa (este libro valiosísimo incluye una versión portuguesa de las Cartas de Mariana, texto que tomé como fuente de mi propia versión al castellano, prefiriéndolo -si se quiere con obstinación anacrónica- a muchas versiones modernas, francesas, portuguesas o inglesas). Un especial agradecimiento a Luz María Cabarcas, directora técnica de la Biblioteca de la Universidad Javeriana, quien puso a mi servicio todo lo necesario para obtener versiones de las Cartas disponibles en Colombia y en el exterior. A mi amigo psicoanalista -anónimo, por razones obvias-, por compartir su experiencia clínica conmigo. A Lácydes Moreno Blanco y María Dolores Pérez, quienes leyeron atenta y críticamente algunas versiones de este trabajo; su interés me estimuló durante todo su desarrollo. Por último, pero con no menor importancia, a mis compañeros de la

---

<sup>3</sup> Soror Mariana [ALCOFORADO]. *Cartas de amor ao Cavaleiro de Chamilly*. Porto, Lello & Irmao Editores, [1914]. Prólogo de Júlio Brandão. Las menciones a Brandão se refieren a este texto.

<sup>4</sup> Luciano CORDEIRO. *Soror Marianna a freira portuguesa*. Lisboa, Ferin & Ca Editores, Segunda Edição, 1891. De este libro extraje la información sobre Mariana y sus amores.

tertulia del amor de los miércoles, quienes tuvieron la paciencia de escuchar la lectura de una de las primeras versiones de estos textos.

Y ya en el proceso editorial, debo agradecer también a Muriel Angulo, por las ilustraciones que acompañan el texto. Ella, con su imaginación alucinada, hace la alegoría de las misivas de Mariana con otras cartas que recuerdan a las de la baraja francesa. El trabajo de Muriel es mucho más que de ilustración: es su interpretación de las Cartas de Sor Mariana. Al involucrar elementos “anacrónicos”, le da al sentimiento amoroso de la religiosa la universalidad que de hecho tiene.

Adriana Urrea desarrolló un trabajo muy especial de corrección de estilo; fueron jornadas deliciosas, alguna vez acompañada de una buena botella de vino. Óscar Torres Duque fue un lector acucioso, inteligente y atento en la ejecución de sus funciones de coordinador editorial.

### **«No puedo deshacerme de este papel que ha de ir a tus manos»**

El romance de Mariana Alcoforado con Noël Bouton de Chamilly, oficial del ejército francés, ocurre a mediados del siglo XVII, en Beja, ciudad fronteriza de Portugal. Chamilly abandona a Mariana a finales de 1667; desde entonces se cruzan algunas cartas. Chamilly recibe la correspondencia en Francia. Sin embargo, los originales en portugués no se conocen. La primera publicación se hizo en francés.

En esa época, en Francia, era costumbre publicar o leer en público copias de cartas íntimas de amor; en especial, en las tertulias de los salones de las señoras de la alta sociedad; de «aquellas jansenistas del amor», al decir de Ninon<sup>5</sup>, o, según Molière, «las directoras espirituales de la literatura y del sentimentalismo del siglo XVII»<sup>6</sup>, teniendo en cuenta que ser jansenista significaba ser mojigato y lleno de falsos escrúpulos. Las veladas de lectura de cartas eran una especie de censura de amigos, antes de sacar a la luz pública las intimidades de la aristocracia. En 1669, Claude Barbin (*ce chien de Barbin*, al decir de la señora de Sevigné), editor parisino, presenta en el salón de la señora de Rambouillet un librito anónimo con la historia, en cinco cartas, traducidas al francés, de

---

<sup>5</sup> Se trata de Ana de Lenclos, llamada Ninon (París, 1620-1705). Famosa por su vida libre y descomplicada y por sus muchos amantes, entre los cuales se contaron La Rochefoucauld y el Cardenal Richelieu. Reputada como una mujer de talento, hacía parte de ese grupo de damas que reunían en salones a sus amistades para realizar las célebres tertulias de la época. Cuando “despedía” a sus amantes, los mantenía como amigos y partícipes de esas veladas.

<sup>6</sup> Ambas citas son de CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 13. Todas las citas textuales de este libro son traducciones mías.

la «pasión profunda, alucinada, dolida, de una pobre monja extranjera»<sup>7</sup>. La edición de Barbin se hizo «por Gracia y Privilegio del Rey, dado en París, el día 28 de octubre de 1668»<sup>8</sup>, y todo indica que estas Cartas fueron escritas entre diciembre de 1667 y principios de junio de 1668. El proceder de Barbin fue muy criticado, porque se consideró, a pesar de la costumbre, que era una deslealtad, pues en el libro aparecía el nombre de Mariana mas no el de su amante. A raíz de esta situación y de la falta de los manuscritos originales, se llegó a decir que era una ficción inventada por él, que las cartas en portugués no existían y que se había basado en el romance de dos amantes ingleses. Con todo, lo que hizo Barbin fue lo más natural en esa época, aunque hoy -y en el siglo XIX- pueda parecer terrible e impertinente.

En 1669, meses después de la aparición de la publicación de Barbin, en una edición de Pierre de Marteau en Colonia, se dice explícitamente en el prólogo que «el nombre de aquél a quien fueron escritas, es *Monsieur le Chevalier de Chamilly*, y el nombre de aquel que hizo la traducción es Cuilleraque»<sup>9</sup>. El caballero es, en efecto, Noël Bouton de Chamilly o Conde de Saint-Léger. El nombre de Cuilleraque, en cambio, es un error. Se trata de Lavergne de Guilleragues o Gabriel-Joseph Lavergne, Conde de Guilleragues, funcionario de la corte de Luis XIV y director de la *Gazette de France*, quien al parecer no se destacó por sus dotes literarias. Parece que él tradujo el original de las Cartas, recibidas del mismo Chamilly, o corrigió una primera versión traducida por este último, aunque esta opción es poco probable, como lo explicaré más adelante. Es posible que la publicación del nombre de Chamilly en las Cartas lo haya puesto en una situación incómoda y sea por esa razón que las sucesivas ediciones sólo mencionan la vaga inicial de su nombre. Más aún, aquella edición de Pierre de Marteau de 1669 desapareció y «sólo casualmente se encuentra [...] un ejemplar en Portugal»<sup>10</sup>. Curiosamente, en 1690, en la edición publicada en La Haya, Corneille de Graef repite la aseveración que se encuentra en la publicación de Pierre de Marteau de 1669, sobre el destinatario y el traductor de las Cartas y a partir de allí se mantiene esa información en múltiples ediciones.

El libro francés de la Cartas de la monja portuguesa dio origen a nuevas formas en la literatura epistolar. José María de Sousa, en su extensa “Noticia bibliográfica” de su edición bilingüe de las *Cartas portuguesas*, cita a la señora de Sevigné, quien en alguna

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 13

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 306.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 308.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 63.

de sus cartas decía: «...me escribió una carta tan tierna, que ella recompensa todo su olvido pasado. Me habla de su corazón en todas las líneas. Si le respondiese en el mismo tono escribiría una *portuguesa*»<sup>11</sup>. Al respecto, en sus *Cartas eróticas, para seducir, amar y disfrutar*, Clara Obligado y Ángel Zapata dicen: «Escribir una *portuguesa* significa demostrar la locura que sólo excusa el amor, pintar a una mujer abandonada que se entrega al único recurso de la carta. [...] el modelo portugués siempre *supone una serie de cartas*»<sup>12</sup>. Francisco Castaño, uno de los traductores de las Cartas al español, siguiendo a Bernard Bray e Isabelle Landy-Houillon, dice por su parte: «*Une portugaise* ha de hablar del corazón en todas y cada una de sus líneas y en ella ha de transparentarse “una locura, una pasión que nada puede excusar si no es el amor mismo”. Y sólo pueden ser femeninas, incluso si están escritas por mano de varón. El modelo portugués ha de mostrar, desde el principio, el retrato de una mujer abandonada, entregada al único recurso de la carta»<sup>13</sup>. Y el pensador franco-rumano E.M. Cioran, en entrevista con Verena von der Heyden-Rynsch, hablando de la emperatriz Elizabeth de Austria -la melancólica Sissi-, dice que «de una manera general, se pueden distinguir tres formas de tristeza en Europa: la rusa, *la portuguesa* y la húngara»<sup>14</sup>. Me atrevo a pensar que la tristeza portuguesa a que alude el filósofo es el sentimiento que plasmó Mariana en sus Cartas.

La influencia de esta extraordinaria correspondencia se siente hasta nuestros días: María Payeras Grau<sup>15</sup>, analizando la novela *Nocturna mas no funesta*, de la portorriqueña Iris Zavala<sup>16</sup> y que se refiere a la vida de Ana de Lansós (1670-1697), monja carmelita, encuentra en este personaje el clarísimo perfil de otras dos monjas célebres: sor Juana Inés de la Cruz y Mariana Alcoforado. En la novela, Ana de Lansós dirige varias cartas a su amante, un militar, y toma prestada esta frase de la Cuarta Carta de Mariana: «Mi amor ya no depende de la manera como me trates»<sup>17</sup>.

---

<sup>11</sup> Carta 162, fechada en Aux Rochers el 19 de julio de 1671, publicada en la edición de J.J. Blaise, París, 1818. Citada en: [Mariana ALCOFORADO]. *Lettres portugaises*. Nouvelle Édition. París, Chez Firmin Didot, Père et Fils, 1824. Pp. 42-43. Traducción al portugués y “Noticia bibliográfica” en francés de José María de Sousa, quien usaba el seudónimo de Morgado de Matheus. Esta edición tiene el texto original en francés (el de la edición de Barbin), enfrentado a la traducción portuguesa. Todas las menciones a De Sousa se refieren a este texto y las traducciones son mías.

<sup>12</sup> Clara OBLIGADO y Ángel ZAPATA. *Cartas eróticas, para seducir, amar y disfrutar*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1993. P. 27

<sup>13</sup> Mariana ALCOFORADO. *Cartas de la monja portuguesa*. Madrid, Ediciones Hiperión, 1987. P. 10. Traducción y prólogo de Francisco Castaño. Las menciones a Castaño se refieren a este texto.

<sup>14</sup> Constantin CHRISTOMANOS. *Sissi*. Barcelona, Tusquets Editores, 1988. P. 208

<sup>15</sup> María PAYERAS GRAU. “Los perfiles de una monja”. *Anthropos*, N° 145 (junio, 1993). Pp. 55-58.

<sup>16</sup> Iris M. ZAVALA. *Nocturna mas no funesta*. Barcelona, Montesinos, 1987.

<sup>17</sup> Utilizo el texto traducido por mí. En la novela se dice “Mi amor no depende ya de la forma en que me trates”.



Por otra parte, hay que decir que el libro fue un auténtico *best seller*: a los siete meses de publicada la primera edición de Barbin, había cinco ediciones. Inclusive se llegaron a publicar siete cartas más -todas apócrifas- y unas respuestas a las Cartas. Las respuestas parecen ser un intento de reivindicar la figura de Chamilly, de cuya caballerosidad habría que dudar al leer la correspondencia de Mariana.

A partir de la publicación de Barbin, en 1669, las Cartas, notable monumento pasional, recorren toda Europa en múltiples ediciones e idiomas. Paradójicamente, Francisco Manuel do Nascimento, maestro de la lengua portuguesa y profundo conocedor del francés, y quien escribía bajo el seudónimo de Filinto Elysio, las tradujo del francés al portugués por vez primera en 1819<sup>18</sup>. Al español se tradujeron apenas en 1894 y se publicaron doscientos ejemplares<sup>19</sup>. En 1890, según la bibliografía anotada de Cordeiro<sup>20</sup>, existían noventa y cinco publicaciones de las Cartas en francés, portugués, inglés y alemán, y muchas obras de arte -iconografía, grabados, etc.- alusivas a Mariana.

Luciano Cordeiro publicó por primera vez su extraordinario libro, *Soror Marianna a freira portuguesa*, a mediados de 1888, y en dos meses se agotó esta primera edición. Fue tal el éxito, que en el mundo bibliográfico portugués se decía que ése era el año de la Monja. La segunda edición, aumentada gracias a una investigación más minuciosa -histórica y lingüística-, se publicó el 1º de noviembre de 1890. El trabajo de Cordeiro es exhaustivo: es el producto de una cuidadosa pesquisa sobre archivos notariales, sobre documentos -obituarios, por ejemplo- del convento donde vivió Mariana y, por supuesto, de la verificación personal de los sitios donde ocurrieron los hechos. Con esta investigación quedó definida, de una vez por todas, la existencia de Mariana Alcoforado y de su estado monacal. En cambio, y a pesar de que Cordeiro presentó indicios muy sólidos, el debate sobre la autenticidad de las Cartas se reavivó a comienzos del siglo XX, pues el hasta entonces oscuro nombre de Guilleragues surgió como una posibilidad, cada vez más argumentada -mas nunca demostrada-, de autoría literaria de las Cartas. Cotejados no pocos puntos de vista modernos y una variada bibliografía en varias lenguas, yo me inclino sin escrúpulo hacia la hipótesis de la mano de la monja en la escritura original de estas cartas de amor, tema que desarrollo en el siguiente acápite.

Muchos han tratado de desvirtuar esta autenticidad, como ya mencioné. Parece que un falso celo religioso o una piedad mojigata, obligaba a ciertos editores a esconder la

---

<sup>18</sup> Francisco Manuel DO NASCIMENTO. *Obras completas de Filinto Elysio*. Tomo X. París, A. Bobee, 1819. (Citado por Cordeiro).

<sup>19</sup> [Mariana ALCOFORADO] *Cartas amatorias de la monja portuguesa*. Madrid, La España Moderna, 1894.

<sup>20</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, pp. 305-349.

realidad de estos amores; inclusive, enciclopedias como la Espasa y la Salvat tienen unas notas ridículas acerca de Mariana Alcoforado. La primera dice que era una «religiosa y escritora portuguesa [...] conocida por el seudónimo de *Una religiosa portuguesa*. Casada con un infante de Portugal, enviudó siendo muy joven y se retiró al Convento de la Concepción, de la orden franciscana, en Beja, sin hacer profesión solemne ni emitir votos de ninguna clase». Sin embargo se acepta allí que conoció a Chamilly, que se enamoró apasionadamente de él y que le escribió cinco cartas «que se consideran como una obra maestra de literatura amorosa»<sup>21</sup> y que a partir de allí se inició una «literatura erótico-monacal» muy apasionante. Este último comentario parece desconocer las cartas de Eloísa a Abelardo<sup>22</sup>, escritas entre 1133 y 1136. Las similitudes entre Mariana y Eloísa, las comentaré más adelante. Por su parte, en la enciclopedia Salvat se dice que Mariana es una «escritora de Portugal llamada la *Monja Portuguesa*»<sup>23</sup>.

Uno de los que pusieron en duda la autenticidad de las Cartas fue Jean Jacques Rousseau. De Sousa lo cita cuando aquél le escribía a D'Alembert que debido a que las mujeres no tienen especial interés, ni genio para las artes, ellas son «cien veces más razonables que apasionadas [!?] [...] Apostaría cuanto hay en el mundo a que las Cartas portuguesas fueron escritas por un hombre»<sup>24</sup>. Curioso ejemplo de pensamiento riguroso; sobre todo expresarle esta idea a un filósofo y matemático como D'Alembert. La respuesta de éste es muy significativa, citada por Cordeiro, pues a pesar de no haber leído los textos de la monja, le dice a Rousseau que «no se puede ocultar que en obras bellas y de buen gusto, ellas [las mujeres] son más exitosas que nosotros, sobre todo en aquéllas en que el sentimiento y la ternura deban salir del fondo del alma, porque para decir que las mujeres no saben describir, ni sentir el verdadero amor, es necesario nunca haber leído las Cartas de Eloísa»<sup>25</sup>.

Otro autor, el señor Beauvois, publicista de Beaune, sugiere que fueron escritas por un literato y trata de encontrar incoherencias en las Cartas. Cordeiro le responde, burlonamente, que es un «trabajo heroico, en verdad, el de desenredar y discutir seriamente las incoherencias de que es capaz ... el amor»<sup>26</sup>. En mi opinión, todo aquel que haya sufrido una pena de amor sabe a la perfección que el comportamiento del

<sup>21</sup> *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*. Madrid, Espasa Calpe, 1921. Pp. 283-284

<sup>22</sup> *Cartas de Abelardo y Eloísa*. Madrid, Alianza Editorial, 1993. Traducción de Pedro R. Santidrián y Manuela Astruga.

<sup>23</sup> *Diccionario enciclopédico Salvat*. 10a. Ed. Barcelona, Salvat, 1962. P. 380.

<sup>24</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 43.

<sup>25</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p.40.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p..52.

enamorado escapa a toda racionalidad y que sólo es válida una “ilógica del amor”. Cuando escribe una carta de amor, un enamorado casi nunca lo hace de manera racional, sino emocional. Los sentimientos van apareciendo y nunca se sabe cómo se va a desarrollar el texto, mucho menos cuál va a ser la estructura y el desenlace, sino que se transmiten, a través de la pluma, las emociones y los sentimientos más diversos. Las Cartas de Mariana no pueden someterse a un análisis racional; hay que mirar ese corazón desgarrado por la ausencia, por el abandono. El amor es así, contradictorio e irracional; de lo contrario no sería amor, ni habría enamoramiento. Bien lo dice Carlos Gurméndez, en sus *Estudios sobre el amor* : «...el amor [...] resulta más intrincado y complejo de lo que podíamos imaginar [...] porque es diverso, contradictorio [...] asombra su riqueza plural, y quedamos perplejos, desconcertados ante el misterio profundo que encierra, porque su presencia simple, cotidiana, esconde una multiplicidad de hechos extraños: los celos, odios, crímenes pasionales, sacrificios sublimes, todo lo cual crea una complejidad»<sup>27</sup>. Buscar coherencia en las Cartas de Mariana es como si, siglos después, se intentara analizar la racionalidad de un bolero. El enamorado «dibuja en el pentagrama y el verso sus debilidades y fortalezas, la pasión y la ternura, el odio y la generosidad, la humildad y la soberbia»<sup>28</sup>. Tal complejidad se antoja hija de una suerte de principio de contradicción, el enfrentamiento de una realidad paradójica, que no puede estar mejor ilustrada que en estos versos de un bolero de Agustín Lara: «He sentido la espina/de verte ajena;/a ti, que me juraste/ser siempre buena./A ti: mujer ingrata,/pervertida mujer,/a quien yo adoro./A ti: prenda del alma,/por quien tanto/he sufrido y tanto lloro./A ti, consagro toda mi existencia,/la flor de la maldad/y la inocencia.../Es para ti, mujer,/toda mi vida./Te quiero/aunque te llamen/pervertida». Así se debe “entender” a Mariana -contradictoria y llena de contrastes- y ella misma lo escribe a su pérfido amante: «Creo que no me disgustaría que pudieras comparar los sentimientos de otras con los míos y quisiera -¡mira las contradicciones de mi alma!- que todas las damas de Francia te considerasen amable, pero que ninguna te amase y que ninguna te agradase». De modo, pues, que hay que acercarse a estos textos con la mente desprevenida, con la sensibilidad alerta.

Ahora bien, uno de los indicios sobre la autenticidad de las Cartas -aparte de otros como la documentación que Cordeiro encontró tanto en el convento donde Mariana vivió, como en otros sitios de Beja-, así como sobre la existencia misma de ella como monja y

<sup>27</sup> Carlos GURMÉNDEZ. *Estudios sobre el amor*. Barcelona, Anthropos, 1994. Pp. 13-14.

<sup>28</sup> Ignacio VÉLEZ. “Entre nubes de algodón” . *Lecturas Dominicales, El Tiempo* (Bogotá, febrero 6 de 1994). Pp. 8-10.

de su amante, se encuentra en la sección “Variétés” del periódico *Journal de l'Empire*, del 5 de enero de 1810<sup>29</sup>. Allí se dice que una persona, el señor Boissonade, poseía un libro original de las *Lettres* de 1669 (edición de Barbin) y que en ese ejemplar, en letra manuscrita y desconocida, dice: «La religiosa que escribió estas cartas se llamaba Marianna Alcoforada, religiosa en Beja, entre Extremadura y Andalucía. El caballero a quien estas cartas fueron escritas era el conde de Chamilly, llamado entonces conde de Saint-Léger»<sup>30</sup>.

Acerca de que las Cartas fueron escritas en portugués y después traducidas al francés, cabe mencionar el análisis que hace De Sousa -quien conocía tan bien el francés como el portugués- sobre cómo se puede demostrar que el traductor ha seguido con fidelidad la construcción de la lengua portuguesa. Él dice que si se vuelve a traducir al portugués, palabra por palabra, esto es, literalmente, se mantiene el “genio” de la lengua portuguesa<sup>31</sup>. Ahora, es curioso que en las primeras cuatro frases de las Cartas en francés se utiliza el pronominal “tú” y en el resto Mariana trata a Chamilly de “usted”. Ello podría implicar un error en la traducción del portugués al francés.

Hay muchos otros indicios de la autenticidad de autoría de las Cartas y no los citaré todos. Sin embargo, deseo mencionar uno particularmente relevante: Mariana dice, en la Segunda y la Quinta y Última Cartas, que tenía una confidente, *Dona Brites*. Según Cordeiro, éste es un nombre y una manera de escribirlo muy portugueses. Además, él pudo comprobar que en ese convento había otras monjas llamadas Brites y algunas eran contemporáneas de Mariana: Brites Francisca de Noronha, dos años menor que Mariana; Brites de Brito; Brites da Magdalena, catorce años menor; Brites Maria de Rezende, diez años menor; Brites dos Serafins; Brites da Encarnação y Brites Angelica<sup>32</sup>. Las tres primeras tenían el título de *Dona*. Mantendré, en la traducción de las Cartas, ese título en portugués.

---

<sup>29</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 84. El dato de Boissonade y su libro es de De Sousa, pero Cordeiro pudo comprobar que esta información se encontraba en el folletín “Variétés” del *Journal de l'Empire*.

<sup>30</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 63. El apellido de Mariana aparece mencionado un poco diferente porque era común en aquella época que hubiera concordancia de género con el sexo y el apellido. Además, el nombre Alcoforado tenía otras variaciones tales como Alcamforado y Alcanforado.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 16-17 y 35-36.

<sup>32</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, pp. 222-223.

**«¿Acaso tengo obligación de rendirle cuentas de mi vida?»**

Como he dicho, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX se consideró que la investigación de Cordeiro había aclarado toda la obscuridad con que se quería cubrir a Mariana Alcoforado y su desbocada pasión. Sin embargo, recientemente ha tomado mucha fuerza la teoría que reclama a Guilleragues como autor, en detrimento de la monja portuguesa. Es ésta la teoría que recoge un trabajo capital, de 1983, de Bernard Bray e Isabelle Landy-Houillon: *Lettres Portugaises, Lettres d'une péruvienne et autres romans d'amour par lettres*<sup>33</sup>.

El trabajo de Bray y Landy-Houillon no es, por supuesto, una pieza aislada en todo este engranaje investigativo y de sucesivos hallazgos e hipótesis. Refleja quizá la tendencia dominante en la actualidad en los estudios sobre las *Cartas portuguesas*, a saber, la de ignorar a Sor Mariana como su autora e inclinarse hacia la figura literaria de Guilleragues, tendencia que se inicia académicamente a comienzos del siglo XX. Por ejemplo, si bien la referencia que hace la *Enciclopedia Británica* de 1910<sup>34</sup> acerca de Mariana Alcoforado ocupa media página y está basada en la información que aparece en Cordeiro, en la edición de 1962<sup>35</sup> esta nota queda reducida a menos de un cuarto de página. En esta versión se mencionan los trabajos de Frederick Charles Green<sup>36</sup> y de A. Gonçalves Rodrigues<sup>37</sup> para descalificar lo escrito en ediciones anteriores, y se le atribuye la autoría de las Cartas a Guilleragues. La base de esta información es que F. C. Green

---

<sup>33</sup> Bernard BRAY e Isabelle LANDY-HOULLON. *Lettres Portugaises, Lettres d'une péruvienne et autres romans d'amour par lettres*. París, Flammarion, 1983.

<sup>34</sup> *The Encyclopaedia Britannica*. New York, The Encyclopaedia Britannica, Co., 1910. Vol 1, p. 525.

<sup>35</sup> *Encyclopaedia Britannica*. U.S.A., E. B. Inc.-William Benton, Publisher, 1962. Vol. 1, p. 541.

<sup>36</sup> Frederick Charles GREEN. "Who Was the Author of the *Lettres Portugaises*?" *Modern Language Review*, XXI (1926). Pp. 159-67.

<sup>37</sup> A. GONCALVES RODRIGUES. *Mariana Alcoforado: história critica de uma fraude literária*, 1935.

encontró en 1926 el privilegio real otorgado a Barbin en 1688 (dato errado, pues es claro en el texto del privilegio, y así lo menciona Green, que el año es el de 1668), donde se indica que el autor es Guilleragues (con “q”), con lo cual debía ponerse punto final a la mistificación literaria. Ahora bien, el privilegio real no es ninguna prueba de que haya sido Guilleragues el autor y no Mariana; lo que se demuestra es que Guilleragues registró el libro a su nombre y Barbin obtuvo el privilegio real para su publicación.

El trabajo de Green, “Who Was the Author of the *Lettres Portugaises*”, no sólo tiene el relativo mérito de haber descubierto el privilegio real para la publicación de 1669, sino que además aporta nuevas luces sobre la muy oscura figura de Guilleragues como escritor; lo muestra como el autor de *Les Valentines*, las *Lettres portugaises* y unos *Epigrammes et madrigaux*. Green se aventura a encontrar inexplicable que ese romance hubiera ocurrido en un convento y que no hubieran castigado y expulsado a Mariana. Desconoce, por lo tanto, cómo era la vida en los conventos en el siglo XVII. También alude a la expresión de Mariana sobre su «mediocre condición» y la asocia a una inconsistencia porque ella era de familia de alcurnia; a lo cual respondo que Mariana no necesariamente se refería a su condición social, sino más bien al estado de desolación en que ella había quedado por el abandono. Reconoce que el cambio de orden de las Cartas (Segunda Carta como Cuarta Carta y viceversa), sugerido por Cordeiro y otros, resuelve las inconsistencias cronológicas. Por último, haciendo gala de un riguroso positivismo, termina diciendo que «en ausencia de una información más completa de sus escritos, sin embargo, no son sino conjeturas las que justificarían la suposición de que fue Guilleragues quien escribió las *Lettres portugaises*»<sup>38</sup>. Más adelante mostraré los argumentos que se han esgrimido para justificar que Guilleragues no haya reclamado por la supuesta suplantación que implicó toda la “carrera editorial” de las *Cartas*. Yo creo que el registro de autoría pudo haber sido una estrategia para proteger a Chamilly.

En 1954, el célebre lingüista y crítico literario Leo Spitzer escribió en alemán un ensayo titulado “*Les Lettres portugaises*”, donde hace un cuidadoso e interesante análisis de la unidad psicológica y literaria que tienen las Cartas. No es concluyente y no se atreve a atribuirle la autoría de Guilleragues; sólo hace mención del trabajo de Green, por lo cual habla apenas de «un tal Guillerague». Su análisis supone que no es posible una construcción espontánea del discurso de las Cartas, como pudo ocurrir si hubieran sido escritas por Mariana; sin embargo, el propio Spitzer reconoce tal compenetración psicológica con la situación, que dudo que una persona pueda escribir sobre emociones tan íntimas con tanta propiedad, sin estar involucrada en ella. Su gran conclusión es que «[le] gustaría creer que ha demostrado [...] que las *Lettres portugaises* constituyen un libro completo y bien organizado, escrito con habilidad por su autor, que sabía escribir muy bien y que su desorden estilístico es más un artístico e intencional *beau désordre* que un descuido natural»<sup>39</sup>. Y Guilleragues, a pesar de los *Valentins*, obra bonita y simpática, no

<sup>38</sup> GREEN. *Op. cit.*, p. 167.

<sup>39</sup> Leo SPITZER. “*Les Lettres portugaises*”. En: *Essays on Seventeenth-Century French Literature*. Cambridge, Cambridge University Press, [1983] P. 281. Traducción, edición e introducción de David Bellos. La traducción de la cita es mía.

ha sido reconocido como ese genio. Por otra parte, no deja de ser curioso que Guilleragues no aparezca en la *Encyclopaedia Britannica*, mientras que Mariana Alcoforado sí, aun cuando en las ediciones más recientes ya se le atribuye la autoría de las Cartas al misterioso cortesano francés. En la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, tomo 27 de 1958, p. 245, aparece Guilleragues pero no le atribuyen las Cartas. De él dicen que hay alguna correspondencia en *Ambassades du Comte Guilleragues et de M. Girardin auprès du Grand-Seigneur* (París, 1867); también lo mencionan como autor de *Rélation de l'audience donné sur le sofa par le grand vizir a M. le comte de Guilleragues, le 28 octobre 1684*, publicada en las *Curiosités historiques* (Amsterdam, 1759), que son informes de su embajada en Constantinopla.

Pero quienes se han dedicado a fijar y sopesar la obra de Guilleragues con mayor ahínco son Frédéric Deloffre y Jacques Rougeot, quienes publicaron su obra literaria en dos ediciones, una de 1962 y otra de 1972, y la *Correspondence* en 1976. La inmensa mayoría de esta correspondencia se refiere a deudas, informes de negocios y, en particular, de la embajada, dirigidas a Colbert, al rey y a la Cámara de Comercio de Marsella. La primera carta es una nota dirigida a la Marquesa de Sablé hacia 1654. Entre junio 22 de 1667 y abril 24 de 1675 hay un silencio absoluto. Sólo después de esta última fecha se encuentran algunas pocas cartas, citadas por Deloffre, con algún grado de “intimidad”, donde él toca temas como el del amor. En ninguna carta, en ningún escrito, hace alusión ni reclama la paternidad de las Cartas, las cuales, para 1675, eran un éxito editorial. Se percibe un tono adulador en su correspondencia, tal vez debido a la necesidad (y angustia) de mantener su trabajo en la burocracia real; esto hace incomprensible su silencio respecto de las Cartas.

Natascha Würzbach<sup>40</sup> menciona el trabajo ya aludido de Frederick Charles Green; a renglón seguido menciona a otro comentarista, Raymond Mortimer, quien escribió la introducción de la traducción de Lucy Norton<sup>41</sup> de 1956 y no menciona la referencia bibliográfica de esta última; Mortimer sí cree que las Cartas fueron escritas por Mariana y enviadas a Chamilly. Würzbach transcribe la traducción al inglés de L'Estrange (Londres, 1678), quien respeta el orden original. Debo anotar que en esa traducción hay un tratamiento de “tú” en la primera frase, que coincide con la versión francesa de Barbin y que además es casi sagrado: «*Oh my Inconsiderate, Improvident, and most unfortunate Love; and those Treacherous Hopes that have betray'd both Thee, and Me*»<sup>42</sup>.

Deloffre y Rougeot, en *Chansons et bons mots. Valentins. Lettres portugaises*<sup>43</sup>, hacen un análisis de la posible inspiración de Guilleragues para escribir las Cartas y de la influencia literaria que tuvo en las mismas. En cuanto a la primera, concluyen que las

<sup>40</sup> Natascha WÜRZBACH (Ed. e Introd.). *The Novel in Letters. Epistolary Fiction in the Early English Novel 1678-1740*. Coral Gables, Florida, University of Miami Press, 1969.

<sup>41</sup> [Mariana ALCOFORADO] *Letters from a Portuguese Nun: Written in the Year 1667 by Mariana Alcoforado*. Londres, Hamish Hamilton, 1956. Traducción de Lucy Norton e introducción de Raymond Mortimer.

<sup>42</sup> Natascha WÜRZBACH. p. 5.

<sup>43</sup> GUILLERAGUES. *Chansons et bons mots. Valentins. Lettres portugaises*. Ginebra, Librairie Droz, 1972. Introducción, notas y glosario por Frédéric Deloffre y Jacques Rougeot.

Cartas fueron inspiradas por Henriqueta de Inglaterra, ya que es probable que existiera una mutua simpatía. En cuanto a la segunda, descubren similitudes con Ovidio, Virgilio, Eloísa, Bocaccio, Molière y Racine, pues se encontraron textos de estos autores en la biblioteca que heredó de su padre; hallazgo que, creo, casi hace traer de los cabellos dichas comparaciones, pues el hecho de que esos libros existieran en la biblioteca de su padre ni siquiera garantiza que Guilleragues los haya leído. Hacen un prolijo análisis estilístico-gramatical de las Cartas para concluir que «todos los escritos inéditos o publicados [...] dejan translucir la forma como lo consideraban sus contemporáneos, quienes observaban en Guilleragues erudición y gusto, humor y sensibilidad [...] la sintaxis, vocabulario y ritmo que se encuentran en su estilo son suficientes para reconocer la paternidad indiscutible de las Cartas portuguesas»<sup>44</sup>(!?).

Ahora bien, Bray y Landy-Houillon, en su citado trabajo, responden a la pregunta obvia de por qué Guilleragues nunca reclamó la autoría de las Cartas, siendo, como fueron, un éxito y habiendo hecho registrar su nombre como autor. Sobre todo, estando él tan necesitado de trabajo (y de dinero). La respuesta de los dos estudiosos es que, primero, la obra tomó vuelo por sus propios méritos y se hubieran destruido el encanto y el picante que tenía; la gente hubiera perdido el interés, no estando acicateada por el morbo de la pluma de una religiosa pecadora. Y segundo, que Guilleragues había obtenido un puesto como secretario del rey (de la cámara y del gabinete del rey): si reconocía ser el autor, perdía su cualidad de discreto y confidente. Débil argumento. ¿Qué sentido tiene registrar una obra, que resulta exitosa, para no reclamar su autoría?

Bray y Landy-Houillon declaran que la obra es una ficción, pero, paradójicamente y siguiendo a Spitzer, hacen un análisis profundo de la psicología femenina: «En las *Cartas portuguesas*, todo el interés está centrado en la mujer, en la psicología sobre la que ella misma se complace en rendir cuentas “hasta en sus más mínimos movimientos” [...] Como lo ha mostrado Spitzer, en las *Portuguesas* cada carta marca el acto de un drama, de una tragedia»<sup>45</sup>.

Al igual que Deloffre<sup>46</sup>, analizan la Primera Carta y dicen que el «*Considère, mon amour...*» se refiere al propio amor de Mariana por Chamilly y no a él. Que por eso tutea en las primeras líneas y después pasa al “usted” (!?). Dicen también que es un monólogo digno de Corneille, contemporáneo de Guilleragues. Otro matiz que tientan es el del tiempo: dicen que en una carta se esperan referencias temporales -de ayer, del lunes, del martes...-, pero que en las Cartas de Mariana no se encuentran (!?). Qué se van a encontrar, si lo que hubo fue un abandono total y un alejamiento cruel. Mal podría referirse a la cotidianidad del convento, cuando el problema eran ¡el olvido cruel y el abandono indolente! Me parecen contradictorios los argumentos de Bray y Landy-Houillon. Por ejemplo, dicen «En efecto, la práctica epistolar de Mariana sólo una vez

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>45</sup> BRAY y LANDY-HOUILLO. *Op. cit.*, p. 28. Las citas son traducciones mías.

<sup>46</sup> *Lettres portugaises, suivies de Guilleragues par lui-même*. Paris, Éditions Gallimard, 1990. Edición de Frédéric Deloffre.



tiene el sentido de una ruptura consumada; es el vacío el que provoca la escritura; el presente de quien escribe cartas no se compone de otra realidad distinta a la misma de estar escribiendo»<sup>47</sup>. Y agregan: «Aunque “nada hay más difícil que escribir lo que no se siente” (Laclos), las palabras pueden engañar»<sup>48</sup>.

Insisto en la debilidad de los argumentos. Arriba dije que Bray, Landy-Houillon y Spitzer hacen un análisis de la psicología femenina a partir de las Cartas; esto delata un reconocimiento consciente o inconsciente de la autoría de una mujer. En un artículo titulado “*Treize propos sur la lettre de amour*”<sup>49</sup>, Bernard Bray menciona trece posibles intenciones de las cartas de amor. Lo que pretende es describir las características de las cartas amorosas, como textos que responden a hechos sucedidos. Pues bien, si yo tratara de mostrar las características de lo que es una carta de amor real, buscaría los rasgos específicos de algunas de ellas. Si, por otro lado, deseo verificar qué tan buen escritor es alguien que “simula” la pasión amorosa de una mujer, compararía su ficción con los rasgos de cartas reales. No lo haría al revés. No partiría de algo que considero ficción para determinar las características de la realidad. Bray, en el mencionado artículo, toma precisamente unas cartas que en todas las formas y con insistencia ha dicho que son una ficción, para destacar los elementos constitutivos que debe tener el hecho real epistolar. En dos de los “*Treize propos*”, menciona las Cartas de Mariana: bajo el subtítulo o intención “*Lieux de rêve*” (“lugares conmemorativos”), dice: «Se puede también mencionar un “lugar conmemorativo” que surge de un recuerdo común; así, “...*le balcon d'où l'on voit Mertola*” en las *Lettres portugaises* y la celda de la religiosa tienen esta función de anclaje realista»<sup>50</sup>; y bajo el subtítulo o intención “*De l'action*”, dice: «En la carta de exigencia amorosa se encuentran implicados un autorretrato complaciente y una autovaloración [...] la escritura amorosa, y no sólo esa de Mariana y de sus “continuadores” del “estilo portugués”, procede, en efecto, de una tendencia narcisística»<sup>51</sup>. Aquí Bray, como ya lo dije, toma las Cartas de Mariana para ilustrar las intenciones de una carta de amor real. Creo que, si según Bray y Landy-Houillon, las Cartas de Mariana son ficción, entonces mal pueden servir de ilustración en este caso. El propio Bray reconoce lo esencial de la existencia de un sentimiento verdadero: «¿Por qué reclamamos, por lo tanto, la originalidad de sus expresiones? Porque la carta de amor, como debe ser, no habla sino de amor; no dice del amor sino lo acompaña, lo precede, lo comenta, lo añora»<sup>52</sup>.

Otro de los trabajos recientes que he consultado es el de Frédéric Deloffre, en su presentación de *Lettres portugaises, suivies de Guilleragues par lui-même* (1990), que recoge todos sus trabajos anteriores sobre Guilleragues y su obra en compañía de Jacques Rougeot. En este libro, Deloffre hace un estudio comparado de las Cartas con los

<sup>47</sup> BRAY y LANDY-HOULLON. *Op. cit.*, p. 36.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp 53-54.

<sup>49</sup> Bernard BRAY. “*Treize propos sur la lettre d'amour*”. *Cahiers Textuel*, N° 24 (París, junio de 1992). Pp. 9-17. Las traducciones de este artículo son mías.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp 9-10.

*Valentins*, publicados en agosto de 1669, y con sus cartas *posteriores a 1669* (es decir, posteriores a 1675; ¿por qué no comparan con las cartas anteriores a la publicación de *Lettres portugaises*?). Dicho estudio es sin duda interesante, pero no puede ser concluyente: obviamente, si un escritor se dedica también a la traducción, es muy probable que su estilo se vierta en los textos traducidos. Por lo tanto, encontrar similitudes en los documentos de Guilleragues con fecha posterior a las Cartas y tratar de demostrar así la autoría de las mismas, es, por decir lo menos, tautológico.

De cualquier modo, el debate que concluye con la paulatina “resurrección” de Guilleragues (en todo caso menos vivo que la propia Mariana), deja sus frutos en buena parte de la trayectoria editorial de las Cartas, en especial la inglesa. La Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos registra 56 títulos relacionados con las Cartas o traducciones de las mismas, de los cuales tres aparecen bajo el nombre de Mariana Alcoforado. Hay una nota que atribuye a Gabriel-Joseph de Lavergne Guilleragues la autoría de las Cartas y la mayoría de esas publicaciones están registradas bajo su nombre, incluida, por ejemplo, la versión de Lello & Irmao de 1914, que se publicó con el nombre de Soror Mariana como autora. La Biblioteca de la Universidad de Harvard registra 73 títulos, que incluyen traducciones al alemán, francés, hebreo, holandés, inglés, italiano, portugués, finlandés y ruso, y todos, con excepción de uno, figuran a nombre de Guilleragues. En las notas que aparecen en algunas de estas fichas bibliográficas aparecen dos menciones sobre la autoría de Guilleragues: una, al referirse a los textos publicados por Barbin y a la publicación hecha en La Haya en 1716 por los hermanos Van Dole, dice que estas Cartas se atribuían a Mariana Alcoforado «hasta el descubrimiento del privilegio real original, en el cual se indica que Guilleragues es el autor y no el traductor de las doce cartas»<sup>53</sup>. La segunda mención es una similar a la anterior y se encuentra en la ficha bibliográfica de la publicación de F. Deloffre y J. Rougeot, en París, 1962<sup>54</sup>.

No me cabe la menor duda, al respecto de todas estas escaramuzas editoriales, que alrededor de Mariana, de sus Cartas e inclusive de Chamilly, se quiso tender un manto de silencio y se intentó eliminar todo rastro que pudiera poner en evidencia los hechos de que se ocupan las Cartas. Parece ser que la familia Alcoforado fue tan poderosa que casi borró toda referencia a los amores sacrílegos de Mariana y a ella misma. Se logró este silencio a tal extremo, que mientras en toda Europa aparecían las Cartas en varios

---

<sup>53</sup> La nota aparece en la ficha bibliográfica de *Lettres d'amour d'une religieuse portugaise écrites au chevalier de C., officier françois en Portugal*. La Haye, Chez les Frères van Dole, 1716. También hace referencia a la *Encyclopaedia Britannica*, 1972. Vol. 1, p. 540. Las doce cartas son las cinco de Mariana y las siete “respuestas”.

<sup>54</sup> La nota aparece en la ficha bibliográfica de *Lettres portugaises, Valentins et autres oeuvres*. París, Garnier Frères, 1962. Introd. y notas de F. Deloffre y J. Rougeot.

idiomas y se registraban entre los libros prohibidos, en Portugal ni siquiera se hacía referencia a ellas en los registros de la historia literaria, como la *Biblioteca Luzitana* de Barbosa Machado; es decir, no existían. Si las Cartas hubieran sido consideradas un fraude, al menos habrían sido mencionadas en ese sentido, ya que, como dice Cordeiro, «la Inquisición y la Censura no eran positivamente una leyenda».

Hay múltiples indicios, como he dicho, en lo tocante a fechas, a hechos históricos, a costumbres, a geografía, a estilo y descuido en la escritura del texto en francés, que permiten descartar la idea de una ficción literaria y más bien reforzar la hipótesis de una traducción. Más aún, si las Cartas hubieran sido escritas por un literato, esas fallas de estilo y de descuido en su escritura posiblemente no habrían ocurrido, o, por lo menos, no hubieran sido tan protuberantes, como lo señala De Sousa. En cambio, las siete cartas apócrifas que fueron publicadas con posterioridad a las cinco que vieron la luz en enero de 1669, guardan un estilo literario tal, que delatan la mano de un escritor refinado<sup>55</sup>.

Por otra parte, al leer las Cartas se percibe un halo de intensa intimidad que sólo se espera encontrar en un diario personal o en una carta dirigida a una persona a quien se ama o a quien se le tiene mucha confianza. Para este análisis no es necesario hacer una investigación exhaustiva. En el texto de las Cartas no hay descripciones de un país extraño, como para interesar al lector francés, ni detalles de cómo se encontraban los amantes o cómo entraba Chamilly al convento. Casi se puede pensar que Mariana hablaba en clave, puesto que todo el contexto se conocía entre ellos; no hay detalles, ni datos, ni descripciones. Por ejemplo, se menciona casi en forma tangencial e indirecta el hecho central que ocurría alrededor del convento en esos años: la guerra contra España. Le habla de la oportunidad que le brinda su hermano de poderle escribir, sin dar detalles; algo similar ocurre cuando menciona al hermano y a la cuñada de Chamilly. Son unas Cartas sencillas e ingenuas, sin elaboración; su mayor virtud literaria es la espontaneidad. Este toque de intimidad queda condensado en una frase de la Segunda Carta: «Escribo más para mí que para ti».

Por último, si, como lo indico más adelante, la vida en los conventos de la época era bastante relajada y esto ocurría en toda Europa, no debía esperarse que los amores de una monja dentro de un convento llamaran tanto la atención, como para escribir una ficción, basada, además, en un contexto de un país extranjero: con seguridad en la misma Francia tendrían muchos ejemplos a la mano. Tampoco debe olvidarse que en la época estaba de

---

<sup>55</sup>[ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. Pp. 13-42. El texto introductorio de De Sousa hace un detallado análisis de las Cartas de Mariana y de las siete adicionales.

moda publicar cartas íntimas, inclusive amorosas; de hecho hubo siete cartas apócrifas que se publicaron a continuación de la edición de Barbin, y unas respuestas, también apócrifas. Basta también mencionar las de la señora de Sevigné, las de la señorita De Launay, llamada por Sainte-Beuve “La Brúyere femenina” y por Eugenio Crépet “La Rochefoucauld femenina”<sup>56</sup>, las de la señorita Aissé, las de la señorita de Lespinnasse o las de la señora de Deffand al caballero D'Aydie y todas las estudiadas por Bernard Bray e Isabelle Landy-Houillon en su libro citado. Ante este panorama, ¿cuál fue la causa del estruendoso éxito de las Cartas en toda Europa y, hasta hoy, en todo el mundo? En mi opinión, fueron precisamente su sencillez (¿candor pasional?) y su tono ardiente y apasionado la causa indiscutible de ello.

Además de lo cual, hay una observación de Cordeiro, entre muchas otras, que induce a pensar en la autenticidad de las Cartas: si hubiera sido una calumnia el atribuirle a Mariana Alcoforado, monja franciscana, la redacción de las Cartas, era de esperar que la sociedad portuguesa, la Iglesia y, en particular, una familia tan poderosa como los Alcoforados, protestaran contra una odiosa falsificación que involucraba a una religiosa de Portugal. Esto habría desenmascarado a los impostores y desbaratado la ominosa calumnia. Pero el silencio que se guardó obedecería, entre otras cosas, al fuerte «empeño en callar ese escándalo, que debía mortificar profundamente a una familia poderosa y estimada»<sup>57</sup>.

Las ediciones españolas son pocas en relación con versiones en otras lenguas, como la francesa, la inglesa y la portuguesa. Ya se dijo que la primera se hizo en 1894, es decir que fue bien tardía. Yo he identificado y estudiado dos del presente siglo: la traducción de Castaño, ya mencionada, y la publicada en el llamado “libro de las tres Marías”. En 1975, María Isabel Barrero, María Teresa Horta y María Velho da Costa<sup>58</sup> hicieron un experimento literario interesante, con un toque feminista: a partir de las Cartas de Mariana, escribieron las *Nuevas cartas portuguesas*, libro que incluye una versión de las Cartas de la monja, traducidas por Pedro González-Blanco, siguiendo el orden y la forma pronominal de la traducción de Cordeiro, esto es, tratando a Chamilly de “tú” en las cuatro primeras Cartas y de “usted” y “señor” en la quinta. En la Primera Carta falta una frase que según mi traducción dice: «¡Adiós! No puedo deshacerme de este papel que ha

---

<sup>56</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 15.

<sup>57</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 83

<sup>58</sup> María Isabel BARRERO, María Teresa HORTA y María VELHO DA COSTA. *Nuevas cartas portuguesas*. Madrid, Grijalbo, 1975. Incluye las “Cartas de amor de la Monja Portuguesa”, traducidas por Pedro González-Blanco, pp. 339-377.

de ir a tus manos»; y en el portugués de Cordeiro: «*Adeus: não posso resolver-me a largar este papel para que vá cahir-te nas mãos*»<sup>59</sup>.

Francisco Castaño, en su traducción que es de 1987, dice en nota de pie de página: «Por si algún lector hubiera sufrido el accidente de leer la versión española (la única de la que tenemos noticia) editada por Grijalbo en 1975<sup>60</sup>, que reproduce la hecha en México en 1951 y ambas la española de don Pedro González-Blanco, nos sentimos en el deber de advertirle que, tanto en la traducción donde enfatiza el texto hasta el ridículo, añadiendo epítetos o suprimiéndolos, cuando no frases enteras, como en el desorden de las cartas y en el exceso de estéril erudición del prólogo, es toda ella un lejano eco, distorsionado e infiel, del armónico sonido original»<sup>61</sup>. Debo reconocer que los traductores portugueses sí “maquillaron” el texto francés, que según Dorat, mencionado por De Sousa, estaba muy mal escrito<sup>62</sup>; unos escribieron en lenguaje muy florido, otros no tanto. Cordeiro, por ejemplo, añade el nombre de Mariana en la Primera Carta, como si ella la firmara, lo cual no sucede en el original francés.

Parece que Castaño hizo la traducción directamente del francés y resulta curiosa la manera de traducir un pasaje de la Quinta y Última Carta; dice:

... normalmente, una religiosa apenas es digna de ser amada. Sin embargo, me parece que si somos capaces de razonar *sobre las elecciones que hacemos, deberíamos comprometernos con ellas más que con las demás mujeres*. Nada les impide pensar constantemente en su pasión, no las distraen mil cosas que disipan y ocupan en el siglo. *Me parece que no es muy agradable ver a las que amamos siempre distraídas por mil bagatelas [...] Estamos sin cesar expuestos a nuevos celos.*<sup>63</sup>

Esta manera de traducir induce a pensar que es un hombre quien habla; sin embargo, el texto en francés dice:

<sup>59</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 262. Según el texto de José María de Sousa, la versión francesa de 1669 dice: «*Adieu, je ne puis quitter ce papier, il tombera entre vos mains*» ([ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 88).

<sup>60</sup> Debe de referirse a: Mariana de ALCOFORADO. *Cartas de amor*. Barcelona, Grijalbo, 1975.

<sup>61</sup> ALCOFORADO. *Cartas de la monja portuguesa*. Pp. 15-16. El lector podrá comparar mi versión española con la portuguesa de Cordeiro, que aparece en esta edición, y juzgar a este respecto. Ahora bien, parece que Castaño no conoce el trabajo de Cordeiro. Así mismo, Bray y Landy-Houillon lo desconocen, o lo conocen de segunda mano; esto es, que lo desprecian, lo subestiman, pues ni lo citan ni lo mencionan, a pesar de que Deloffre y Rougeot, Green y Spitzer sí se refieren a él.

<sup>62</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 42. M. Claude-Joseph Dorat hizo una “imitación” de las Cartas en verso. Se publicaron en 1770 en La Haya, como *Lettres d'une chanoinesse de Lisbonne à Melcour, officier français, précédées de quelques réflexions*.

<sup>63</sup> ALCOFORADO. *Cartas de la monja portuguesa*. P. 51.

*... je comprends bien qu'une religieuse n'est guère aimable d'ordinaire. Cependant, il semble que si on était capable de raison dans les choix qu'on fait, on devrait plutôt s'attacher à elles qu'aux autres femmes. Rien ne les empêchê de penser incessamment à leur passion: elles ne sont pas détournées par mille choses qui dissipent et qui occupent dans le monde. Il me semble qu'il n'est pas fort agréable de voir celles qu'on aime, toujours distraites par mille bagatelles [...] On est sans cesse exposé à de nouvelles jalousies.* <sup>64</sup>

El texto francés habla en tercera persona y no en primera del plural, como lo tradujo Castaño. Esto es sospechoso, en cuanto a que puede haber existido algún prejuicio acerca de que quien escribió las Cartas haya sido un hombre (Guilleragues). Prejuicio basado en las conclusiones de Bray y Landy-Houillon, texto en el cual se basa Castaño para hacer su traducción del francés y para escribir su nota introductoria.

De los cincuenta y seis ejemplares de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos hay veinticinco publicados en el siglo XX, de los cuales dos son en español: una traducción de 1949, realizada por Braulio Arenas y publicada en Chile bajo el título de *Cartas portuguesas*, y otra publicada en Madrid, en 1984, por Turner, bajo el título *Cinco cartas de amor*. Deloffre registra la traducción de Enrique Badosa, *Cartas portuguesas*, Madrid, 1963. Esto significa que podemos hablar, por lo menos, de ocho versiones en español, incluyendo la primera del siglo pasado y las tres mencionadas por Castaño, sin referencia bibliográfica. Hay una versión con título en francés publicada en Buenos Aires en 1941, por J. P. Kramer, pero no hay indicación de que haya texto en español en esa edición. De los setenta y tres ejemplares de la Biblioteca de la Universidad de Harvard, cuarenta son del siglo XX y no hay ninguno en español.

Cabe anotar que dos de las versiones revisadas por mí y publicadas en este siglo (la de Lello & Irmao Editores y la traducción al alemán de Rilke<sup>65</sup>) respetan el orden que aparece en Cordeiro, que es el mismo que sigue el traductor español Pedro González-Blanco. Así mismo, ambas versiones mantienen un tratamiento pronominal de intimidad a lo largo de todas las Cartas (Mariana tutea a Chamilly hasta en la Quinta y Última Carta), apartándose de la propuesta de Cordeiro, como se verá más adelante. También conviene anotar que F. Bergemann, quien escribió el epílogo de la edición alemana, ya

<sup>64</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. Pp. 202 y 204. No olvidar que, puesto que los textos en otra lengua están bastardillados, aquí los énfasis se marcan en redondas.

<sup>65</sup> [Mariana ALCOFORADO] *Portugiesische Briefe*. Leipzig, Im Infel-Verlag, 1913. Traducción de Rainer María Rilke y epílogo de F. Bergemann.

mencionada, conoció el trabajo de Cordeiro y registra el trabajo del escritor danés Karl Larsen donde «con todo detalle presentó [...] la historia de la vida y el amor de dicha monja en un fino libro traducido por Mathilde Mann: *Sor Mariana y sus cartas de amor*<sup>66</sup>».

Aunque se han publicado muchos comentarios que tratan de poner en duda que las Cartas hubieran sido escritas en portugués y por Mariana, hoy, después de estudios documentales, históricos, de costumbres, de estilo y de lingüística, como el de Cordeiro, nadie debería pensar que no haya sido así. A mi juicio, y a pesar de todo, las Cartas son auténticas, fueron escritas por Mariana y dirigidas a Chamilly.

---

<sup>66</sup> [ALCOFORADO] *Portugiesische Briefe*. Pp. 45-46. Agradezco a Mara Peñate su colaboración en la lectura del texto en alemán.

**«...me gusta todo lo que hice por ti, contra todas las reglas del decoro»**

Del siglo VIII al siglo XVI ocurre en la península ibérica el ciclo de la Reconquista y surgen los reinos de Asturias, León, Castilla, Aragón, Navarra, Cataluña y Portugal. Cuando muere el rey Sebastián de Portugal, en Alcazarquivir, en 1578, Portugal pasa a depender, en 1580, de Felipe II de España. A principios del siglo XVII se sublevan Cataluña, Portugal, Andalucía, Aragón, Nápoles y Sicilia. La revuelta de Portugal no puede ser sofocada y en 1640, gracias al apoyo de Francia, y en particular del cardenal Mazarino, se rompe la unidad ibérica, cuando sube al trono de Portugal la Casa de Braganza. Francia envía tropas a Portugal para apoyar la revuelta contra España; con el ejército francés, llega Chamilly a Beja, que estaba en el ojo del huracán. Había mucho movimiento de tropas y allí cerca acampaban. El Marqués General Marialva, ante las quejas recibidas por los desacatos y los comportamientos violentos de la tropa contra las iglesias y los conventos, decía impotente: «¿qué puedo hacer con naciones tan bárbaras como las que componen este ejército?»<sup>67</sup>. Pero era inevitable la presencia de tropas extranjeras; la lucha contra España exigía alianzas con países como Francia, para compensar el poderío militar español. La guerra se mantiene hasta la firma del tratado de paz en Francia, en Aix-la-Chapelle, el 2 de mayo de 1668. Este hecho lo menciona Mariana en la Cuarta Carta y es un dato clave en la determinación de la autenticidad de estos textos epistolares.

En este contexto, también es importante mencionar la situación de la mujer en los siglos XVI y XVII y en particular el de las monjas. Para ello me basaré en el libro *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, de Mariló Vigil<sup>68</sup>, y en las observaciones de Cordeiro.

Para esa época las normas sociales preveían sólo cuatro estados posibles para las mujeres: doncella, casada, viuda o monja; y las características de la condición de mujer y en particular de la doncella, eran «la obediencia, la humildad, la modestia, la discreción, la vergüenza, el retraimiento, etc.»<sup>69</sup>. El acceso de la mujer al conocimiento era limitado y controlado por los varones y la educación de las niñas se confiaba a las monjas. Vigil cita a Alonso de Andrade, al hacer referencia a los consejos que éste propone para educar a las doncellas: «...lo que aconsejo es que, en destetándola [...] la envíes luego [...] a un monasterio. Sálganle los dientes en la religión, y [...] críese en un convento [...] de esta

<sup>67</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p.150.

<sup>68</sup> Mariló VIGIL. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Siglo XXI, 1986.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 18.



suerte te libraré del cuidado de guardarla, porque sin duda te está mejor sufrir su ausencia que cuidar de su educación»<sup>70</sup>.

Es posible concluir que el estado monacal era la forma más adecuada que tenían las mujeres de la época para realizarse como personas. Lo que aparentemente era un suplicio o una restricción, en la realidad podía convertirse en un estado de liberación, tanto intelectual, como espiritual y material.

Dentro de los conventos se reproducía la jerarquización social de la época. De modo que las de abundante dote podían disponer de servidoras, que algunas veces provenían de fuera; al interior de los conventos, pues, se trasladaban los conflictos de clase. Aquéllas de mejores dotes hacían valer sus privilegios sobre las otras. Inclusive había diferencias en los vestidos, entre otras cosas porque los conventos no podían costear los hábitos de las monjas.

En el Convento de la Concepción de Beja, rodeado de una gran agitación, de un área llena de soldados, aventureros y extraños, había dos clases de alojamientos: unos dormitorios comunes en pequeñas celdas, construidas a lado y lado de un gran salón, y los cuartos en casas separadas e independientes, donadas, algunas, por las familias de las novicias ricas, como fue el caso de Mariana. A estas viviendas, las monjas de la época las llamaban “sus casas”. En los conventos había balcones, ventanas, terrazas y miradores donde las monjas se distraían mirando el paisaje, que era lo menos que podían hacer, pero también que permitían un acceso, más o menos expedito, a las celdas o cuartos de las religiosas. Todo esto hacía relativamente fácil burlar las reglas sobre vigilancia establecidas en las Constituciones de la Orden. Para tener una idea de la libertad e independencia de algunas monjas, basta anotar que en el obituario de una de las compañeras de Mariana, mencionado por Cordeiro, se narra que vivía día y noche en la casa que mandó a construir, de la cual «sólo salía para el coro y los maitines de media noche y para asistir a las enfermas»<sup>71</sup>. La población en el convento era variada y abundante; en el Convento de la Concepción había en 1628 «doscientas once mujeres entre monjas y sus servidoras, cinco frailes con sus mozos de servicios y muchas mujeres»<sup>72</sup> de fuera y otras personas encargadas de oficios varios. Durante la guerra, esta población debió de aumentar.

Es posible que a los conventos entraran mujeres sin vocación por múltiples razones: para educarse, por soltería pertinaz, porque sus padres no las podían atender -como fue el

---

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>71</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p.180.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p.181.

caso de Mariana y su hermana menor-, por orfandad o por falta de capacidad económica para dar la dote matrimonial. En la época, las familias debían entregar dote para el matrimonio de las hijas; cuando entraba al convento entregaban una cantidad menor. Sin duda muchas profesaban voluntaria y conscientemente: con la aquiescencia de sus padres o enfrentando la oposición familiar. De manera que éstas convivieron durante siglos con aquéllas obligadas a profesar o que profesaban los votos como un mal menor. Las que llegaban contra su voluntad generaban una actitud de abierta rebeldía o de resentimiento. No parece ser éste el caso de Mariana, aunque ella se quejaba de la «mediocridad de [su] condición». Hubo mujeres que eligieron recluirse huyendo de matrimonios impuestos por sus padres con hombres a quienes no querían. En los conventos se adquiría una posición social superior a la de soltera, comparable con la de casada. Por eso es comprensible que un considerable número de mujeres procedentes de clases medias o altas prefiriera los votos a un matrimonio con cualquiera por imposición familiar. Las que profesaban solían llamarse a sí mismas “esposas de Cristo” y esto, creo yo, les daba la ilusión de pertenecer a una clase privilegiada.

Muchas veces el ingreso al convento producía traumas emocionales: los libros de la época mencionan frecuentemente el «mal de melancolía» y la «enfermedad de la tristeza»<sup>73</sup>, que tenían graves repercusiones en la vida comunitaria. Bernardino Villegas, citado por Vigil, dice que las monjas son «pajarillos recién enjaulados [...] Así parece que hallándose como enjauladas por fuerza, y encarceladas violentamente [...] tratan siempre de salirse, si no con el cuerpo (que esto es ya imposible) por lo menos con el alma, y con el corazón»<sup>74</sup>.

Como la costumbre era, según lo mencioné arriba, educar a las niñas en los conventos, muchas veces quedaban a cargo de monjas de la familia y vivían en las mismas celdas con ellas; por lo general, esto ocurría cuando quedaban huérfanas o desamparadas. Había situaciones aberrantes. Por ejemplo, a la hermana menor de Mariana la recluyeron desde los tres años y quedó a su cuidado. A veces las niñas eran presionadas a profesar los votos; para evitarlo, el Concilio de Trento (1545-1563) había ordenado que no se pudiera ingresar a la Regla antes de los dieciséis años y que nadie fuera forzado a ello. Era en realidad monstruoso, por lo menos a nuestros ojos de hoy, lo que se esperaba de una niña de dieciséis años cuando profesaba sus votos: las Constituciones exigían que antes de

---

<sup>73</sup> VIGIL. *Op. cit.*, p. 223.

<sup>74</sup> *Ibid.*, pp. 224-225.

hacerlo se le advirtiera a la novicia sobre «todas las asperezas y ejercicios de la Religión *para que con madura deliberación juzgase si le conviene tomar el hábito*»<sup>75</sup>.

Haga el lector una composición de lugar con esos conventos llenos de jóvenes encerradas, enterradas en vida entre esas paredes frías, en medio de una áspera soledad y asistiendo, desde sus ventanas, al espectáculo de la ávida soldadesca que rodeaba el convento...

---

<sup>75</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 200.

**«...aquí no había visto sino gente adusta»**

La situación de desorden y relajamiento de las costumbres en los conventos de la Europa del siglo XVII está ampliamente documentada<sup>76</sup>. Sólo haré referencia a lo que mencionan Mariló Vigil y Henri Daniel-Rops<sup>77</sup>.

En la primera mitad del siglo XVII -el gran siglo de las almas, al decir de Daniel-Rops- se presentaron grandes cambios y contrastes: a la vez que florecían conventos y misiones y se reemplazaba la costumbre de comulgar rara vez, por la de comulgar con frecuencia, campeaban la corrupción, el desorden, la lujuria y el libertinaje.

La corrupción y el desorden se presentaron con más frecuencia en el clero regular (religiosos que viven en comunidad) que en el secular. Tal reflexión se confirma en dos testimonios importantes mencionados por Daniel-Rops: «...el del P. Faure, reformador de Saint-Vincent-de-Senlis, que nos dice: “Era un lugar donde ya no aparecían las señales de la religión y de la santidad, y donde los juegos, los festines y las canciones disolutas eran las ordinarias diversiones de los religiosos”». Y el del jesuita P. Polla, acerca de las religiosas de la *Déserte* de Lyon: «Apenas queda costumbre alguna de vivir en comunidad, ni ninguna clase de clausura; el hábito con que aquellas mujeres se vestían no las diferenciaba de las damas del mundo; todo lo que en ellas quedaba de observancia se reducía a reunirse en la iglesia cuando les venía en gana y cantar lo que les parecía; era difícil saber si se trataba de religiosas o no». No es exclusivo de la ficción literaria que «las monjas organicen reuniones galantes en los conventos [y] que los religiosos se dediquen a callejear y pingonear [...] Las calamidades de la guerra, extranjera o civil,

---

<sup>76</sup> Esto ocurría no sólo en Europa, sino también en América. Ver, por ejemplo, en: Indalecio LIÉVANO AGUIRRE. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá, Ediciones Nueva Prensa [1964]. Tomo II, pp. 89-90; y Jorge JUAN y Antonio ULLOA. *Noticias secretas de América*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1993. P. 492. Éstos últimos, en su informe presentado al rey Fernando VI (1713-1759), mencionan su sorpresa por el «increíble relajamiento a que había llegado el clero americano». Éste es un relato interesante, que muestra el estado de corrupción en todos los estamentos, civiles y religiosos, políticos y privados que existía en América (Perú, en particular) a comienzos del siglo XVIII, lo cual sería un indicio de que la corrupción en América Latina es secular y ancestral. Sería interesante estudiar si en alguna época estos países han dejado de ser corruptos. Hay un capítulo que se dedica a «describir la conducta desordenada de los clérigos y de los miembros de las órdenes religiosas». La situación en el Nuevo Reino -según Liévano- a principios del siglo XVII, había llegado a límites tan alarmantes, que el arzobispo Lobo-Guerrero decidió acudir al Rey para solicitar una medida excepcional, a fin de prestar atención a las misiones abandonadas por los clérigos regulares y las órdenes monásticas.

<sup>77</sup> Henri DANIEL-ROPS. *L'Église des temps classiques*. París, Librairie Arthème Fayard, 1958. Hay traducción al español: *La Iglesia de los tiempos clásicos*. Barcelona, Luis de Caralt, 1959. Traducción de Francisco José Alcántara. Todas las menciones a Daniel-Rops se refieren a la edición española.

añaden nuevos desórdenes a los ya habituales. Lo sorprendente es que no sean más numerosos y que existan tantas excepciones»<sup>78</sup>.

La circunstancia que rodeaba los amores de Mariana y Chamilly era precisamente ésta: Beja estaba en una zona agitada por la guerra contra España y los conventos eran prácticamente asediados por la tropa.

El amor cortés que se practicaba en los locutorios estaba muy generalizado durante todo el siglo XVII y de hecho se toleraba. Sin embargo, se mantuvo una estrecha, aunque inútil, vigilancia por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, para evitar desviaciones protuberantes. Al entrar las doncellas a tan temprana edad a los conventos, se enterraban con ellas todas las ilusiones y el papel de dama adorada por sus amantes - situación característica del amor cortés- era muy adecuado para las monjas, puesto que su representación no exigía el matrimonio e incluía cierta dosis de clandestinidad. De modo, pues, que ese papel era muy bien teatralizado por ellas.

Una nutrida «flora donjuanesca» frecuentaba los locutorios de los conventos durante los siglos XVI y XVII. Según Vigil, «el tipo del cortejador de monjas fue usual en esta época. Tenían acceso a los locutorios, unas veces solos y por sí mismos, y otras, como acompañantes de los parientes de las religiosas»<sup>79</sup>. Por las Cartas de Mariana y otros documentos históricos, se sabe que su hermano Balthazar y Chamilly eran amigos y con seguridad fue por conducto de él que Mariana y Chamilly se conocieron. Los cortejadores se hacían pasar por “devotos” de la bondad de las monjas que visitaban y aficionados a sus pláticas piadosas. En ocasiones, estos donjuanes fingían ser poetas que cantaban y declamaban motetes, villancicos y otras composiciones rimadas. Asistían a misa y a otros actos de culto, que se celebraban en los monasterios. Cuando no podían llegar a los locutorios subían a los miradores y brujuleaban entre las estrechas ventanas de las torrecillas. Esta situación permitía intercambio de correspondencia, desde cortas notas hasta extensas cartas de amor entre las monjas y sus cortejadores.

No se necesita hacer gala de una extraordinaria imaginación para recrear lo que allí ocurría: había desde amores encerrados entre frías rejas, llenos de culpas y disimulos, susurros escondidos y carreras desenfundadas hacia las ventanas, hasta citas silenciosas y furtivas, amparadas por el oscuro manto de la noche en las celdas o en los confesionarios, raptos, escalamiento de tapias por oficiales militares, acostumbrados a aventuras osadas, como en cualquier ataque guerrero. Este juego les encantaba a las

---

<sup>78</sup> Las tres citas en: *Ibid.*, pp. 96-97.

<sup>79</sup> VIGIL. *Op. cit.*, p. 241.

monjas. Se intercambiaban regalos: ellas les preparaban dulces y pastelitos; ellos les regalaban pequeñas alhajas, dedicatorias de versos almibarados, etc.

Aunque en estos juegos participaban los confesores de las monjas, no se puede generalizar y decir que la mayoría de ellos eran unos estupradores o unos depravados. Pudieron existir, sin duda, pero también hubo figuras cimeras como fray Juan de la Cruz, cuyas cartas tanto a monjas como a seglares eran excepcionales, no sólo por su valor espiritual, sino por su valor literario. Por otro lado, no se puede pensar que los conventos femeninos estuviesen llenos de cándidas palomas. Dice Vigil: «Aunque se dieron casos de abusos sexuales de frailes con monjas, de todas formas no creo que fuera tan habitual como se ha dado a entender. Y las relaciones que hubo, posiblemente, en buena medida fueron consentidas y queridas por ellas»<sup>80</sup>. Vigil se extiende en numerosos testimonios sobre los escándalos en los conventos y en especial en los femeninos; inclusive sugiere que si bien no están documentados, debían de existir casos de lesbianismo. La inexistencia de referencias precisas sobre este punto se debería a que en la época no se le daba importancia a la homosexualidad femenina. Aclara que «no hay que pensar que estas formas de comportamiento eran algo específico de los conventos; las mismas no se pueden atribuir sin más a que hubiera relajación en la Iglesia, sino que formaban parte de la vida cotidiana de la sociedad española de la época»<sup>81</sup>.

A pesar de todo, se hacían grandes esfuerzos para que se cumpliera a cabalidad la regla de Dios. Esta batalla la libraron abadesas jóvenes que se entregaron celosamente a la reforma, enfrentándose a aquellas «monjas de faldas de tafetán, perifollos y roquetes, que con tanta negligencia tomaban la clausura y rivalizaban en joyas, cuando no en amantes»<sup>82</sup>. Lucharon, venciendo todas las resistencias, para rescatar la observancia de los tan abandonados votos.

Así las cosas, Mariana escribió y actuó con entera libertad; si no, ¿cómo se explica que una monja en clausura pudiera escribir lo que Mariana Alcoforado escribió? Que escribiera, por ejemplo: «Si pudiese salir de este aburrido convento, no esperaré en Portugal a que cumplieses tus promesas... Partiría sin pudor a buscarte, seguirte y amarte por todo el mundo [...] Estoy segura de que hallaría en este país un amante más fiel... pero, ¿quién podría hacer que me enamore y vuelva a amar otra vez?».

Este relajamiento era cierto, pero debía de existir un mínimo pudor que obligara, por lo menos, a disimularlo. Debo confesar que, a pesar de los abundantes testimonios sobre la

---

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 237.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 229.

<sup>82</sup> DANIEL-ROPS. *Op. cit.*, p. 97.

conducta en los conventos de la época y de que estoy convencido de que Mariana escribió las Cartas, no puedo evitar hacerme algunas preguntas: ¿cómo era posible también que sus hermanas de religión le hablaran del amante pérfido e infiel? ¿Cómo se permitía que ella recibiera una correspondencia tan demoledora?: Mariana le respondía al caballero de Chamilly que, tras leer una de sus notas, «tan abatida quedé por esas violentas emociones, que por tres horas perdí el sentido».

Sí. Mariana Alcoforado era considerada una loca, pero no se imagina uno que se atizara una pasión tan desaforada como la que llevó a un amor demencial a esa monja enamorada. No se concibe que sucediera que «algunas religiosas que conocen el estado deplorable en que me dejaste, me hablan de ti con frecuencia».

De todas maneras, había clandestinidad y riesgo en la aventura amorosa. Ella lo reconoce, cuando escribe: «Perdí mi reputación. Me expuse a la maldición de los míos y a la severidad de las leyes de mi país contra las religiosas, y a tu ingratitud, que me parece la mayor de todas las desgracias». Una posibilidad es que burlaran, con un ingenioso plan, los controles que debían de existir, a pesar del relajamiento de las costumbres monásticas, o precisamente por ello. Esto hace más fascinante la historia.

El amor de Mariana por Chamilly no fue un amor platónico, como lo sugiere François Giroud en sus conversaciones con Bernard-Henri Lévy<sup>83</sup>. Y no puede quedar duda de que los amores de Mariana y Chamilly fueron reales, apasionados y sensuales. Fueron amores de carne y hueso. Toda la correspondencia de Mariana vibra como una cuerda tensa. Es pasional y sensual al evocar su propia historia. Ella misma lo atestigua en forma reiterada: «Todo ello me deleitaba tanto, que habría sido una ingrata si no te hubiera amado con los arrobos que me producía mi propia pasión, cuando gozaba de los testimonios de la tuya [...] ¿Acaso podrías contentarte con una pasión menos ardiente que la mía?» (Primera Carta); «Tu pasión me parecía tan ardiente y sincera, que jamás me había imaginado que mis favores te disgustasen tanto como para obligarte a viajar» (Segunda Carta); «Salgo lo menos posible de mi cuarto, adonde viniste tantas y tantas veces y ahí contemplo tu retrato [...] Pues todos mis anhelos se frustraron y ¡no volveré a verte en mi cuarto con todo aquel ardor, con toda aquella pasión impetuosa que me mostrabas!» (Cuarta Carta); «Quería verlo a cada instante y no era posible. Me preocupaba el peligro a que el señor se exponía al entrar en este convento» (Quinta y Última Carta). Creo que es suficiente evidencia testimonial.

---

<sup>83</sup> François GIROUD y Bernard-Henri LÉVY. *Hombres y mujeres*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1993. P. 61.

Pero, si aun así se negara la existencia de lo sucedido y se demostrara que las Cartas son una ficción, lo esencial es que ahí están ellas, escritas con una desaforada y desbocada pasión y con un agudo dolor, elementos que, paradójicamente, hicieron una deliciosa crónica de unos amores contrariados y muy emocionantes. Mucho más emocionantes, diría yo, que los pálidos amores de Sierva María de Todos los Ángeles y Cayetano Alcino del Espíritu Santo Delaura y Escudero, personajes de Gabriel García Márquez en su novela *Del amor y otros demonios*, donde se relata la fantasía amorosa entre un cura y una niña recluida en el Convento de Santa Clara, en la Cartagena de Indias de finales del siglo XVII.



**«...me tenían encerrada desde la infancia en este convento»**

Mariana Alcoforado nació en Beja, hija de Francisco da Costa Alcoforado, de familia ilustre, en 1640, meses antes de que estallara la revolución contra España. Cuando su padre hace el testamento, el 30 de septiembre de 1660, declara que tuvo seis hijos; después de esa fecha tuvo dos más (María -después Peregrina María- y Francisco). De los seis mencionados, tres eran mujeres, dos de las cuales estaban en el Convento de la Concepción de Beja, o, más exactamente, el Real Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, de la orden de Santa Clara. Dice además don Francisco, en su testamento del 30 de septiembre de 1660 y refiriéndose a sus dos hijas en el convento, que son «*Mariana, que ya hizo votos, y Catalina que no los ha hecho*»<sup>84</sup>. La entrada de Mariana y de su hermana Catalina fue forzada por el ambiente que rodeaba la zona donde vivían los Alcoforados: su padre, don Francisco, se entregó a la lucha y colaboró con la revuelta, no sólo en el frente de batalla, sino organizando los grandes y numerosos recursos para una larga guerra contra los españoles. Esto resuelve de una vez por todas el asunto de que Mariana fue monja franciscana y que cuando escribió las Cartas ya había hecho los votos. Más aún, debió de hacerlos a los dieciséis años, aunque entró de menor edad, como posteriormente lo haría su hermana menor.

Mariana tuvo que encargarse del cuidado de Peregrina María, lo cual tal vez la mantuvo alejada de los arrebatos místicos, tan comunes de la época, y la pudo haber acercado más a la vida seglar. Cuidar a su hermanita fue como un rayo de sol que iluminó la oscuridad de los conventos de clausura, de ese enterrarse en vida para siempre. María Peregrina quedó muy agradecida con ella: según Cordeiro, en su testamento dice textualmente que le deja a Mariana los rendimientos de la herencia que recibió de su madre, doña Leonor Mendes, en agradecimiento «por haberla criado desde que era una niña de tres años»<sup>85</sup>.

Fue en el Convento de la Concepción de Beja, desde su «balcón que mira hacia Mertola», donde Mariana Alcoforado vio por primera vez a Chamilly. Cordeiro describe así la situación:

Se adivinan aún, allá a lo lejos, las llanuras asoleadas, en que hace 220 años de aquel *día fatal*, se ejercitaban los soldados de Chamilly y donde éste galopaba lleno de juventud y de arrogancia al frente de su compañía.

---

<sup>84</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p.121.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 132.

Regresaba él, tal vez, alegre y triunfante, de la expedición de San Lucar. Desde allí las pobres novicias enclaustradas verían a los soldados maniobrar con sus uniformes variados y centelleantes: escarlatas unos, verdes los otros, algunos cubiertos de pasamanería multicolor, otros ostentando los blasones heráldicos de los generales, caracoleando en las vueltas; las divisiones de caballería se desenvolvían como largas serpientes relucientes, con sus bellos oficiales, jóvenes casi todos, cuyas miradas atrevidas y coquetas irían a veces a alborotar, como intrusas, a través de las rejas del balcón -si es que ya las tenía- a la bandada de palomas del Señor.

Este torbellino de fuerza, de vida, de audacia; esta ola de pasiones fuertes, vibrantes, incandescentes; la guerra en toda su belleza y sin ninguno de sus horrores; el mundo, la sociedad, el *hombre* en toda su grandeza: debía de ser realmente un extraordinario y alucinador espectáculo para las pobres criaturas cuya juventud discurría monótonamente en fría y “solitaria contemplación” de cosas intangibles, en una inhibición permanente, - desnaturalizada y tiránica- de todo sentimiento.<sup>86</sup>

Poco después de aquella aparición fantástica y encantadora de Chamilly, siguen los capítulos apasionados y ardientes de esta novela amorosa (1666-1667). Chamilly tenía 30 años; Mariana, 26. Mariana tenía el alma ingenua de una mujer apasionada y ardiente, con todo el vigor de la juventud. A finales de 1667, Chamilly la abandonó. Encerrada entre las paredes sombrías de ese «aburrido convento», le escribió al hombre que la sedujo, tratando de salvarse del naufragio de un amor perdido, agarrándose a una tabla en medio de la inmensidad del océano.

¿Cómo se enteró la familia de Mariana de sus amores sacrílegos? Es muy fácil imaginar que su hermano, Balthasar Vaz Alcoforado, se enteró de lo sucedido, puesto que era amigo de Chamilly. Por otro lado, el gentío que entraba y salía del convento, hombres y mujeres del servicio, estarían al tanto de lo que, a pesar de las costumbres relajadas de la época, no dejaba de ser un acontecimiento escandaloso. ¡Qué conmoción y qué vergüenza para una familia de tanto prestigio! Y eso no podía ser tolerado.

Los amores de Mariana fueron contrariados por su familia, lo cual era natural. Ella misma lo asegura en varias oportunidades: «Te había escrito tu familia. ¿No sabes de las persecuciones que sufrí en la mía? [...] Me atemorizaba la ira de mi familia [...] si por

---

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 207-208.

algún acontecimiento fortuito volviera a este país, yo misma lo entregaría a la venganza de mi familia». Debido a la influencia e importancia de los Alcoforados en el siglo XVII, era explicable que se tratara de borrar, arrasar, como ya se dijo, el nombre de Mariana de todo lo que evocase el episodio candente de sus amores. Fue repudiada por su familia, al punto de que su segundo hermano, Francisco, se rehusó a confiar sus hijas al convento donde se encontraba Mariana y las recluyó en otro monasterio.

Mariana falleció el 28 de julio de 1723 a los 83 años de edad y más de sesenta de claustro, después de un largo período de expiación, según su obituario. Ya mencioné que sus Cartas se publicaron y fueron un éxito editorial mientras vivía. Pobre Mariana, ¡cuánto debió de sufrir al ver hechos públicos sus sentimientos más íntimos! Ello debió de sacudir brutalmente su corazón, sobre todo cuando ya ella, según la Quinta y Última Carta, se había dispuesto a entrar en un largo período de olvido, cuando escribe: «...recuerde que me he prometido un estado más tranquilo y que he de alcanzarlo». El obituario, que, según Cordeiro, se registró en el libro *Das religiosas defuntas do Real Convento da Conceição de Beja*, la menciona como Madre Dona Marianna Alcanforada y dice que «todo lo hizo para el servicio de Dios», que «era muy ejemplar», que «nadie tuvo queja» de ella «porque era muy buena con todas». «Durante treinta años hizo penitencias muy rigurosas, *padeció grandes enfermidades con mucha resignación, deseando tener que padecer más*», lo cual coincide en espíritu con lo que dice en la Primera Carta: «...haz padecer aún más a tu pobre Mariana»<sup>87</sup>. En caso de que el intento de olvido hubiera concluido en duras penitencias, tal como dice la monja amanuense, este hecho no ocurre sino más de un cuarto de siglo después de escrita la Quinta y Última Carta. Yo no creo que haya sucedido de esta manera. Como lo sugiero más adelante, pienso que Mariana nunca olvidó a Chamilly, ni se arrepintió de haberlo amado.

Júlio Brandão dice en el prólogo de la edición de Lello & Irmao Editores :

Allí lo vemos, al héroe de las Cartas, aparecer deslumbrante ante los ojos enamorados de Mariana, en la penumbra de la iglesia [...] Todo él debía de resplandecer, tocado de la belleza con que el amor enmarca las apariciones maravillosas. Aquel guerrero [...] era un poco como la bella esfinge tentadora y demoníaca (y casi siempre, por eso mismo, intensamente humana); era la expresión de la vida misteriosa y maravillosa, una flor de oro y sangre que abriese un sepulcro. Para los ojos vírgenes y ardientes de

---

<sup>87</sup> Esta coincidencia de las dos frases parecería indicar que las *Cartas* se habían conocido en el convento y que por lo tanto ella y sus compañeras pudieron haberlas leído, acentuando más su dolor.

Mariana, él surgía en el escenario monacal, aburrido y gris, como un príncipe de leyenda, leal y fuerte, criado para los prolongados éxtasis y para las largas aventuras, avezado en galopar en noches estrelladas, profundas, nupciales... ¡Cómo serían de dulces los secretos de ese amor furtivo! ¡Cómo se transformaría la vida para Mariana! ¡Sería un nuevo Génesis!

...

Mariana era inteligente, pero ingenua y “crédula”; pensó que era realmente amada. Y amó, amó con locura. Sus Cartas son apasionadas... Hay momentos en que dejan a nuestros corazones sumidos en un inmenso sollozo... Pero por dentro de ese sufrimiento escandaloso [...] cómo son de profundas y admirables sus palabras: «¡Ah! si las conocieses, hallarías, sin duda, que son más deliciosas que la satisfacción de haberme engañado, y te habrías dado cuenta de que somos más felices y más tiernos amando ardientemente... que siendo amados»<sup>88</sup>.

Y Mariana se entrega, porque ama profundamente [...] se purifica entregándose a la llamarada amorosa que la consume. En un instante todo se desgarrá y lo pierde por el amante. Viene muy bien transcribir [...] un pensamiento de Chamfort: “Cuando un hombre y una mujer sienten el uno por el otro una pasión violenta, me parece que siempre, cualesquiera que sean los obstáculos que los separen, los dos amantes son el uno para el otro ‘por naturaleza’ y que se pertenecen por ‘derecho divino’, a pesar de las leyes y las convenciones humanas”<sup>89</sup> [...] sus Cartas estremecen y queman; y ella resplandece constantemente desventurada y gloriosa.<sup>90</sup>

Mariana no sólo amó, sino que amó con un amor exclusivo. Con dedicación. Basta leer lo que pensaba sobre la posibilidad que tenía ella, como monja, de dedicarse a amarlo en forma exclusiva (¿y excluyente?); en la Segunda Carta dice: «...me parece que si los hombres fuesen más razonables al escoger sus amores, deberían enamorarse de una monja, antes que de otras mujeres. A ellas nada les impide pensar constantemente en su

---

<sup>88</sup> Esta cita de Júlio Brandão, del texto publicado por Lello & Irmao, parece tomada de otra versión puesto que no coincide con el texto de la Tercera Carta de esa edición. Aquí utilizo el mismo texto que he traducido en la carta correspondiente. El resto de la cita de Brandao es traducción mía.

<sup>89</sup> El texto de Chamfort está en francés, así: «Quand un homme et une femme ont l'un pour l'autre une passion violente, il me semble toujours que, quels soient les obstacles qui les séparent, les deux amants sont l'un à l'autre, de “par la nature”; qu'ils s'appartiennent de “droit divine”, malgré les lois et les conventions humaines».

<sup>90</sup> [ALCOFORADO] *Cartas de amor ao Cavaleiro de Chamilly*. Pp. 17-21.

pasión; no las distrae ninguna de las mil cosas de la vida seglar que absorben y consumen los corazones [...] Te amo mil veces más que a mi vida y mil veces más de lo que me imagino [...] Sí, me siento culpable cuando no dedico a ti todos los momentos de mi vida». Y por último, en la Tercera Carta: «Dime que deseas que muera de amor por ti».

Mariana pudo haber escrito, con Garcilaso, autor que no era bien visto por los moralistas de la época<sup>91</sup> pero que tal vez Mariana leyó: «Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir, y por vos muero»<sup>92</sup>. Con lo cual, quiero hacer aquí un paréntesis que considero enriquecedor en relación con el sustrato literario de las Cartas; es decir, su posible articulación con la poesía de Garcilaso (h. 1501-1536).

Que Mariana hubiera leído a Garcilaso y que la expresión de sus sentimientos siga ese modelo no es extraño, pues Portugal fue parte de España entre 1580 y 1640. He encontrado varias coincidencias entre las Cartas de Mariana y algunos textos de Garcilaso, que sustentarían esta hipótesis. Algunos ejemplos permiten ilustrar este aserto:

Estoy muriendo, y aun la vida temo;  
témola con razón, pues tú me dejas;  
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.

Vergüenza he que me vea  
ninguno en tal estado,  
de ti desamparado,  
y de mí mismo yo me corro agora.<sup>93</sup>

En la Primera Carta, Mariana escribe: «Tan abatida quedé por esas violentas emociones, que por tres horas perdí el sentido. *Luchaba así contra la vida que por ti debo perder, ya que para ti no la puedo conservar. Con mucho pesar volví en mí*».

Garcilaso dice: «*Estoy contino en lágrimas bañado*»<sup>94</sup>. Y en la misma Carta, Mariana: «Los míos estarán privados de la única luz que los animaban. *En ellos sólo quedan lágrimas; no hacen sino llorar, desde que supe que estabas decidido a separarte de mí*».

Garcilaso le dice a su amada que no importa dónde fuese llevada, la seguiría hasta morir a sus pies:

...por algún accidente  
o caso de fortuna desastrada,

<sup>91</sup> Pedro Malón de Chaide (h. 1530-1589), citado por Vigil dice, hablando de la mujer: «¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso?».

<sup>92</sup> Garcilaso DE LA VEGA. *Poesía*. Zaragoza, Clásicos Ebro, 1981. P. 99. “Soneto V”.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 23. Se trata de la célebre “Égloga primera”. Me corro: me avergüenzo.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 112. En el “Soneto XXXII”. Estoy contino: estoy continuamente.

me fuédes llevada,  
 y supiese que allá vuestra dureza  
 estaba en su crüeza,  
*allá os iría a buscar como perdido,*  
*hasta morir a vuestros pies tendido.*<sup>95</sup>

Mariana le escribe a su amante: «*Partiría sin pudor a buscarte, seguirte y amarte por todo el mundo [...] Te habría seguido y con seguridad yo te habría servido con mayor devoción [...] Me habría disfrazado para irme con el señor*».

Sigue el poeta:

...luego siguió el dolor al corrimiento  
 de ver mi reino en mano de quien cuento  
 que me da vida y muerte cada día,  
 y es la más moderada tiranía.

*Los ojos, cuya lumbre bien pudiera  
 tornar clara la noche tenebrosa,  
 y escurecer el sol a mediodía,  
 me convirtieron luego en otra cosa.*<sup>96</sup>

Mariana escribe: «Y este abandono, para el cual mi dolor, por más que se esmere, no halla nombre más funesto, *¿habrá de privarme por siempre de contemplar esos ojos en que veía tanto amor y que me hicieron conocer los embelesos que henchían mi pecho de alegría, que eran todo para mí y, en fin, que colmaban mi vida?*».

Dice Garcilaso: «... y así, *del bien que un rato satisface,*/ nace el dolor que el alma me deshace»<sup>97</sup>, y continúa lamentándose de lo efímero del placer: «¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día!/¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!»<sup>98</sup>. Mariana se duele de la ceguera con que amó a Chamilly y de cómo su satisfacción era tan pasajera: «Todas estas desgracias las atribuyo a la ceguera con que me entregué a ti. ¿No debía prever que *toda mi alegría se acabaría más de prisa que mi amor?*».

Garcilaso se duele de haber conocido a la amada por todo el sufrimiento que produce su ausencia: «Aquéste es el deseo que me lleva,/a que desee tornar a ver un día/a *quien*

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 80. “Canción primera”. Crüeza: crudeza, dureza. Como perdido: como enloquecido.

<sup>96</sup> *Ibid.*, pp. 88-89. “Canción Cuarta”.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 92. “Canción Cuarta”.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 109. “Soneto XXVI”.

*fuera mejor nunca haber visto»*<sup>99</sup>. Mariana, traspasada de dolor por el abandono de su infiel amante, le dice: «¡Adiós! *Cómo desearía no haberte visto jamás*».

Los lamentos de Garcilaso vuelan al viento en busca de la amada ausente:

*... mis quejas de una en una  
al viento, que las lleva do perecen;  
pues todas no merecen  
ser de vos escuchadas,  
pues son tan bien vertidas.*<sup>100</sup>

Y:

*...rompiendo el aire siempre con suspiros;  
y más me duele nunca osar deciros  
que he llegado por vos a tal estado.*<sup>101</sup>

Mariana le escribe a su amado: «*Miles de veces durante el día te buscan mis cansados suspiros*, tan tristes, que no dan otro alivio a mis tribulaciones».

Por último dice el poeta: «Yo dejaré desde aquí/de ofenderos más hablando;/*porque mi morir callando/os ha de hablar de mí*»<sup>102</sup>. Y Mariana: «*Un final trágico te obligaría, sin duda, a pensar a menudo en mí*. Apreiciarías mi recuerdo y esta muerte extraordinaria te causaría una profunda conmoción. Y ¿no es la muerte, por ventura, preferible al estado en que me has dejado? [...] he de tomar contra mí alguna decisión desesperada, *¡que conocerá sin mucha pena!...* ».

Dejo planteada esta posible relación, aunque no es mi interés aquí estudiarla en detalle.

Para amar hay que asumir grandes riesgos: Mariana se arriesgó; Chamilly fue inferior a ese reto. Mariana entendió muy bien que el ser humano tiene una obligación vital, ineludible y perentoria: buscar y encontrar la felicidad. Y para ello, lo único importante es el amor; todo lo demás es accesorio. El amor trasciende el espacio y el tiempo y no tiene límites. Lamentablemente, el ser humano inventa esos límites con pretextos ciertos o imaginados. Pero el amor también es un riesgo porque implica esfuerzos cuyos resultados son imprevisibles. Exige coraje y mucho valor. Muchos confunden la felicidad con la

<sup>99</sup> *Ibidem*. “Soneto XXVI”.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 82. “Canción Segunda”. En la edición de *Poesías completas*, de Editorial Porrúa, con prólogo de Dámaso Alonso, estos versos dicen: «puesto que ellas no merecen/ser de vos escuchadas/pues son tan bien vertidas». El texto transcrito por Germán Bleiberg (*Poesías completas*, Alianza) dice: «pues todas no merecen/ser de vos escuchadas/ni sola un hora oídas». La edición de Ediciones B, de *Cancionero*, con introducción y notas de Antonio Prieto, coincide con el texto de Bleiberg.

<sup>101</sup> *Ibid.*, p. 112. “Soneto XXXII”.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 117. “Canciones breves. II”.

tranquilidad, pero éstas no son equivalentes: la felicidad que produce el amor no es apacible, hay que ganársela todos los días con lucha y tesón. Bien lo dice Mariana: «...te agradezco desde el fondo de mi corazón, la desesperación que me causas y aborrezco la tranquilidad en que vivía antes de conocerte».

Hay dos grandes poetas del amor que ilustran esta idea: Antonio Machado escribió: «Huye del triste amor, amor pacato,/sin peligro, sin venda ni aventura,/que espera del amor prenda segura,/porque en amor locura es lo sensato<sup>103</sup>». Y otro enamorado, Pedro Salinas, escribió, vibrante:

Pero para querer  
 hay que embarcarse en todos  
 los proyectos que pasan,  
 sin preguntarles nada,  
 llenos, llenos de fe  
 en la equivocación  
 de ayer, de hoy, de mañana,  
 que no puede faltar.<sup>104</sup>

Mariana entendió, en su locura de amor, que no es posible amar de otra manera. Con locura, sí, así es como se debe amar. Mejor dicho, es la única manera de amar. Lo demás son aguas tibias y posiciones de conveniencia que tarde o temprano hacen reventar de desesperación el alma. Un amor cobarde no vale la pena vivirlo. Aquí conviene mencionar que en el mantel que cubre la mesa donde la monja escribió (según grabado reproducido por Cordeiro) aparece bordada la siguiente inscripción: «Así es como el amor se enciende en el corazón» (*C'est ainsi que l'amour s'alume dans le coeur*).

---

<sup>103</sup> Antonio MACHADO. *Poesías completas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977. P. 302.

<sup>104</sup> Pedro SALINAS. *Poesías completas (2)*. Madrid, Alianza, 1995. P. 48.



**«¡Me dejé encantar por cualidades muy mediocres!»**

La existencia de Noël Bouton, conde de Chamilly, y su papel en esta historia de amor están claramente establecidos por Cordeiro y corroborados por el testimonio del Duque de Saint-Simon, el célebre memorialista, a quien cita De Sousa precisamente en búsqueda de datos sobre el inmerecido adorado de Mariana.

Undécimo hijo de catorce que tuvieron Nicolau Bouton y María de Cirey, nació el 6 de abril de 1636. Era «de una familia noble de Borgoña, originaria de Brabante» y «se enrola voluntariamente al servicio militar»<sup>105</sup>. El 8 de febrero de 1658 -de 22 años- fue nombrado capitán, con el título de conde de Chamilly, bajo el mando de La Fueillade, quien comandaba el regimiento de caballería de Mazarino. Al morir su padre, la herencia quedó en manos de su hermano Hérard, quien se vio obligado a hacerse cargo de la familia. En compensación, Noël recibió las tierras de Saint-Léger, Denevy y Saint-Gilles.

Chamilly llega a Portugal entre 1663 y 1664, y el mariscal Schomberg lo nombra capitán del regimiento de caballería de Briquemault, por decisión tomada el 30 de abril de 1664. El 7 de diciembre de 1665 lo promovieron a capitán de la primera compañía del regimiento de caballería. Dos años más tarde, Luis XIV ratificó ese nombramiento cuando ya tenía el título de marqués de Chamilly.

La estadía de Chamilly en Portugal desde 1663 hasta 1667, período en que debieron de haber ocurrido los amores con Mariana, es irrefutable, a pesar de que se hubiera tratado de desaparecer las evidencias de sus huellas. Cordeiro le hace un seguimiento desde 1660, cuando asistió a la boda de su hermano Hérard Bouton con Catharina Le Comte de Nonant, hija del teniente general del gobierno de Normandía, Jacques Le Comte. A éstos se refiere Mariana en la Segunda Carta, cuando dice: «Quisiera también tener un retrato de tu hermano y de tu cuñada. Amo mucho todo lo que te pertenece. Y siento afecto por quienes te aprecian». El seguimiento de Cordeiro es tan minucioso, que con mucha gracia dice: «Es necesario confesar que si el capitán de las Cartas no fuese realmente Noël Bouton, habría sido... su sombra»<sup>106</sup>.

Se sabe que mientras vivió en Portugal, participó en la derrota de los españoles en Castello Rodrigo, del 6 al 7 de julio de 1664; en el sitio de Valencia de Alcántara, entre el 15 y el 24 de junio de 1664; en la batalla de Villa Viçosa (Montes Claros), el 17 de junio de 1665; en el combate del río Xevora en octubre de 1665; en las tomas de Benses,

<sup>105</sup> El dato es de De Sousa, en: [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 56.

<sup>106</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p.227.

Guardia, Villa de Alquería, Paymogo y San Lucar, y que en septiembre de 1667 tomó parte en el ataque al llamado Castillo de Ferreira<sup>107</sup>.

Chamilly desempeñaba un puesto importante en el ejército francés y se relacionó con las principales familias de Beja, entre otras los Alcoforados, «donde era muy apreciado». Como ya se mencionó, allí conoció al hermano de Mariana, Balthazar Vaz Alcoforado. En 1666, participó con él en la audaz invasión de Andalucía y, en particular, en la toma de la Alquería de la Puebla. Duclos<sup>108</sup> fija la muerte de Chamilly en 1715, a los 79 años.

Las tropas se reunieron cerca de Beja, entre 1665 y finales de 1667. Desde la ventana que «mira hacia Mertola», las novicias y monjas debían de esperar con curiosidad y angustia su llegada y observar expectantes todos los movimientos de la caballería. Como ya se dijo, los moradores de la región se quejaban del comportamiento de la tropa; los Alcoforados también presionaron para que las retiraran y con más razón cuando el escándalo de los amores de Mariana empezó a correr de boca en boca. Chamilly se fue a finales de 1667, temiendo que la familia de Mariana tomara venganza por su propia mano. Schomberg y los demás oficiales y soldados se retiraron en junio de 1668. La salida de Chamilly de Portugal fue precipitada y clandestina, arreglada por su hermano, gobernador en Dijon, para sacarlo de Portugal a pesar de que la guerra no había terminado.

En sus *Memorias*, el Duque de Saint-Simon (Louis de Rouvroy, 1675-1755) menciona el nombramiento de diez mariscales de Francia el 14 de enero de 1703 y dice de uno de ellos, Chamilly, que «sirvió con reputación en Portugal [...] Nadie podría pensar, al verlo o *escucharlo* que hubiera inspirado un amor tan extraordinario como el que se percibe en las famosas *Cartas portuguesas*, ni que hubiese escrito las respuestas»<sup>109</sup>. Al morir Chamilly, Saint-Simon registra en sus *Memorias* que «sirvió de joven en Portugal y a él fueron escritas esas famosas cartas portuguesas, por una religiosa que conoció y que enloqueció de amor»<sup>110</sup>. Añade Saint-Simon que «era un hombre alto y hermoso, el mejor hombre del mundo, el más bravo, el más lleno de honra, pero tan estúpido y pesado que no se comprende cómo podría tener algún talento para la guerra»<sup>111</sup>. Otro contemporáneo de Chamilly, Duclos, quien tuvo acceso privilegiado a archivos y otras fuentes de información, dice que el mariscal de Chamilly, fue «hermoso y de buena contextura,

<sup>107</sup> *Ibid.*, pp. 161-162.

<sup>108</sup> Duclos fue contemporáneo de Chamilly, y su biógrafo con acceso privilegiado a archivos y otros documentos. Escribió unas *Mémoires secrètes*.

<sup>109</sup> Citado por De Sousa en: [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 57.

<sup>110</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 67.

<sup>111</sup> Cita de De Sousa, en: [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 56.

sirvió en su juventud en Portugal en donde fue amado con locura por una monja. *Y es a él a quien fueron dirigidas las Cartas portuguesas*»<sup>112</sup>. Como el amor es reacio a dejarse analizar por la razón y la lógica, no es extraño que a pesar de estas observaciones del Duque de Saint-Simon y de Duclos sobre Chamilly, Mariana hubiera enloquecido de amor por él.

A finales de 1796, Delance, editor parisino, publicó una edición de las Cartas con un estudio crítico del abate Mercier de Saint-Léger, quien no duda en designar a Noël Bouton de Chamilly como la persona a quien estaban dirigidas las Cartas. Más aún, como ya se mencionó, en 1669 ya se decía en el prólogo de la edición de Pierre de Marteau, que el destinatario era Chamilly.

Todo indica que Chamilly, como ya lo dije, entregó las Cartas para su traducción y publicación, pues por la forma como se refieren a él sus propios biógrafos, se puede descartar la idea de que él las hubiese traducido, carente como se lo muestra de toda sensibilidad para estas cosas. Los críticos de la época lo censuraron por su cinismo y cobardía al entregar cartas que escondían su nombre, mas no el de Mariana, quien aún vivía. En el siglo XVII era característico del comportamiento del Don Juan publicar sus conquistas y el nombre de Chamilly aparece muy pronto como destinatario de las epístolas amorosas de la monja. Se trataba de obtener trofeos y apenas el galán conseguía los favores de su enamorada, se aburría del juego y el problema era cómo desembarazarse de la dama subyugada. ¿Esto no es acaso un acto de vanidad estúpida e inaceptable? Bouton mostró las Cartas como un trofeo de una “batalla de amor”. Vergonzoso. Un verdadero caballero calla el nombre de su conquista y lo guarda en su corazón .

De todo lo anterior se puede deducir la calidad humana de Chamilly, que comparada con la bondad y generosidad de Mariana está lejos de parecer la del caballero que anuncia su título nobiliario. Era una persona sin experiencia, sin inteligencia; un “vividor” entregado a las rudas costumbres de los soldados y la moral militar de la época. De hecho era tan burdo que, como dice Mariana en una de sus Cartas, lo único que le interesaba eran los «placeres [...] más primarios». En realidad, la única razón por la cual la humanidad puede recordarlo, es por haber sido objeto de un amor infinito; por haber tenido a sus pies a una mujer inteligente, hermosa y sensible y no haber sabido apreciar tanta dedicación y entrega. Pero, al final de todas las cuentas, hay que agradecer la vanidad, el cinismo y la torpeza de este mariscal de Francia, puesto que si no hubiera

---

<sup>112</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 67.

entregado esas Cartas, la literatura universal no hubiera conocido estas joyas del epistolario amoroso y apasionado.

Ahora bien, sobre la calidad literaria de las Cartas existen dudas, por lo menos sobre el texto francés de 1669; pero hay que tener presente la cantidad, ya mencionada, de ediciones que se han publicado a partir de ese año. En 1890 había 95 de ellas en varios idiomas, mientras se realizaba un esfuerzo muy grande, aunque tardío, por recuperar los textos de las Cartas en su idioma original, el portugués. También es importante resaltar el hecho de la aparición -ya mencionada también- de cartas apócrifas y de respuestas, también apócrifas, de Chamilly. Todo ese fenómeno editorial ha implicado, por lo demás, tanto por parte de traductores como de editores, críticos y escritores imaginativos, un recurrente interés literario.

Una última cita de Júlio Brandão:

...esa bondad áurea y fuerte se encuentra inalterable en todas las cinco Cartas. Aun cuando su orgullo herido la sacude, y le duele como los futuros cilicios, inmediatamente aletean en su alma los ángeles del perdón y del afecto. Conmueve, en verdad, esa mujer abandonada, olvidada y a quien la bondad le conserva siempre puras las olas de la pasión más subversiva, ¡como la sal que purifica las olas del Atlántico! [...] Sólo ella, a través de las rejas de ese convento, pudo presentir el misterio profundo de las cosas. El dolor y el amor son las linternas encantadas que iluminan la Vida.<sup>113</sup>

Mariana se sintió engañada, burlada, irrespetada en lo más profundo de su ser; en fin, se sintió traicionada. Pero vivió en el perdón y supo que las relaciones afectivas tienen, y es inevitable, agresiones que causan inmenso daño. Ella le perdonó a Chamilly todo el dolor que le ocasionó, porque así se lo propone en la Quinta y Última Carta.

---

<sup>113</sup> [ALCOFORADO] *Cartas de amor ao Cavaleiro de Chamilly*. Pp. 22-25.

**«Tan abatida quedé por esas violentas emociones...»**

Es imposible, al estudiar el caso de Mariana, pasar por alto la relación entre la pasión y la mística. En su examen del *Roman de Tristan*, Denis de Rougemont replantea la tradicional explicación del misticismo como «una desviación del amor humano», como una sublimación del impulso sexual. En realidad, dice él, podría pensarse que la pasión es una desviación de la mística. Una anotación de De Rougemont permite entender a Mariana: «...la pasión es [...] una especie de intensidad desnuda y desposeedora [...] es una amarga desposesión, un empobrecimiento de la conciencia vacía de toda diversidad, una obsesión de la imaginación concentrada en una sola imagen [...] el mundo se desvanece, “los demás” dejan de estar presentes, no quedan prójimo, deberes, vínculos que se mantengan, tierra, ni cielo [...] Es el éxtasis, la huida en profundidad fuera de todas las cosas creadas»<sup>114</sup>.

Algunas frases de Mariana lo confirman. En la Segunda Carta dice: «Hay momentos en que pienso que me resignaría a servir con sumisión a aquélla a quien amas». En la Tercera, «me mataría, y si no lo hiciese, moriría de dolor». Las ya mencionadas de la Tercera Carta: «Perdí mi reputación. Me expuse a la maldición de los míos y a la severidad de las leyes de mi país contra las religiosas y a tu ingratitud, que me parece la mayor de todas las desgracias». En la Cuarta Carta: «¡Ah! Cuánto envidia la suerte de Manuel y de Francisco<sup>115</sup>[...] ¿Por qué no estoy siempre contigo como ellos? Te habría seguido y con seguridad yo te habría servido con mayor devoción». Y por último, en la Segunda Carta: «Aborrezco todo lo que tengo que hacer y a lo que tengo que asistir por obligación».

Cualquiera podría caer en la tentación de calificar las Cartas de Mariana como testimonios de arrebatos místicos o, como sugirieron algunos, como un ejercicio literario. Pero cuando uno se deja absorber por sus palabras percibe que pocas veces en la literatura se encuentran casos que se aproximen a la vitalidad que aparece en las Cartas de Mariana, en las que, con el pecho abierto por el dolor, muestra un corazón maltratado por el abandono, lacerado por el olvido y la desesperanza.

Debo decir, sin intención de irrespetar ninguna creencia piadosa, que es posible que los arrebatos místicos hayan sido utilizados para encubrir algunas travesuras que

---

<sup>114</sup> Denis DE ROUGEMONT. *El amor y Occidente*. 5a. Ed. Barcelona, Kairós, 1993. Pp. 145-176. Traducción de Antoni Vicens.

<sup>115</sup> Criados al servicio de Chamilly.

ocurrieron en los conventos de la época. Cordeiro presenta varios ejemplos, de los cuales sólo mencionaré dos: el caso de sor Michaela dos Anjos, a cuya celda iba con regularidad el Niño Jesús a ayudarla a arreglar las flores y los ramos para los altares; fray Jerónimo de Bellem hace un registro de lo que allí sucedía:

[las monjas curiosas] la vigilaban [...] pero sólo escuchaban su voz [...] el Niño como recreándose con la presencia de su amante Esposa, le desordenaba los materiales de las flores para oírla quejarse, como sucedió un día [...] en que ella le dice: «¡Aquiétate, cómo eres de travieso!». *De esta manera trabajaban ambos, el Niño atendiendo a su Esposa y ésta, con los favores de las visitas se adelantaba a la gratificación por el servicio para el culto de sus altares.*<sup>116</sup>

El otro caso es el de una carmelita del Convento de la Esperanza que siente tal conmoción en su corazón, que lo escucha con sus oídos corporales y «desea abrirse el pecho con sus propias manos y dejarlo volar para donde él quiere y desea tanto irse, mostrando así que no quiere vivir en [ella], sino en su centro, que es [su] Divino Esposo [...] Éste, entonces, la estrecha amorosamente en sus brazos [...] la alimenta a su Santísimo Lado, se mete con ella en la cama»<sup>117</sup>. Y además le dice a su piadoso confesor que a veces «pasa toda la noche en esa unión» con su Divino Esposo y que se siente tan consentida y atendida que muchas veces para poderse levantar es necesario que «Su Paternidad la mande a llamar». Finalmente, le dice a su confesor que está dispuesta a pregonar su amor por todo el mundo, pero que felizmente «me aplacó mi Esposo estas llamas [...] *recibiendo favores y regalos que no me atrevo ni siquiera a contarle a Su Paternidad el mínimo detalle*»<sup>118</sup>.

La Iglesia ha sido reacia, con razón, a aceptar los arrebatos místicos -el falso misticismo-, pues ha considerado este comportamiento como muy dañino. Sin embargo, las Cartas de Mariana no fueron, como salta a la vista, producto de arrebatos místicos, ni verdaderos, ni falsos, sino la expresión dolida de su corazón abandonado, como tampoco lo fueron las cartas de Eloísa a Pedro Abelardo, en el siglo XII.

---

<sup>116</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 195.

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>118</sup> *Ibid.*, pp. 196-197.

**«Es muy justo, al menos, que soportes los lamentos de esta desolación»**

Después de leer las Cartas de Mariana no es posible evitar la referencia a esa otra gran apasionada, Eloísa (1101-1164). Su correspondencia también es grandiosa y ardiente y al leer esos textos queda la sensación de que las mujeres viven con mayor intensidad y sin cobardía sus amores.

Al comparar apartes de la correspondencia, se encuentran notables similitudes. Eloísa le escribe a Pedro Abelardo: «Y, dejando a un lado las demás cosas, piensa en qué forma particular me eres deudor. Si te debes al común de las mujeres piadosas, justo es que me pagues a mí con más dedicación, pues soy sólo tuya [...] Has de saber que te encuentras obligado a mí por un lazo más fuerte, cuanto más estrecha es la unión del sacramento nupcial que nos une»<sup>119</sup>. Por su parte, Mariana le escribe a Chamilly: «¿No piensa en que está más obligado a mí, que a nadie más en el mundo?».

Eloísa le escribe al filósofo que «ni el ejemplo de los santos Padres te movió a intentar consolar a quien, como yo, fluctuaba en un mar de tristeza, ya fuera por palabra directa, cuando estabas conmigo, ya por carta. Lo que te hace tan cercano a mí, como es patente a todos por el amor sin límites con que siempre te amé»<sup>120</sup>; y Mariana, al embaucador: «...a todos conmueve mi loco amor y tú, sólo tú, permaneces en una profunda indiferencia [...] Tu injusticia y tu ingratitud son extremas [...] Te consagré mi vida desde que en ti descansaron mis ojos».

Mientras Eloísa escribe «nunca busqué satisfacer mis caprichos y deseos, sino -como tú sabes- los tuyos»<sup>121</sup>, Mariana asegura: «Nada reservo para mí».

Una última coincidencia: Eloísa purga su pena haciéndose religiosa y se encierra para deleitarse con el recuerdo de su amado, con el dolor de su pasión frustrada. Mariana se ha prometido, según dice en la Quinta y Última Carta, «un estado más tranquilo y que he de alcanzarlo, o que he de tomar contra mí alguna decisión desesperada, ¡que conocerá sin mucha pena!»; esta decisión sería el inicio de un período de duras penitencias, pero, como mencioné arriba, no creo que haya sido cierto. De hecho, su purgatorio empieza con el olvido y abandono cruel de su pérfido seductor. Aquí cabe mencionar un aspecto interesante de esta coincidencia. Eloísa y Mariana purgan una pena de amor, no una culpa<sup>122</sup>. Eloísa le escribe a Abelardo que «debería gemir por los pecados cometidos y, sin

<sup>119</sup> *Cartas de Abelardo y Eloísa*. Pp. 103-104.

<sup>120</sup> *Ibidem*.

<sup>121</sup> *Ibid.*, pp. 104-105.

<sup>122</sup> Esta apreciación se la debo a mi hija Ligia Teresa Vélez.

embargo, suspiro por lo que he perdido»<sup>123</sup>. Mariana, por su parte: «No me arrepiento, sin embargo, de haberte adorado. Me encanta que me hayas seducido [...] Conoces muy bien las consecuencias de esto que iniciamos y aunque no tengo nada de qué arrepentirme, no debo, sin embargo, recordártelas». No se percibe en ninguna de las Cartas de Mariana la más mínima alusión a un arrepentimiento que pueda asociarse con una culpa. Mariana escribe: «Aun así, siento que mis remordimientos no son verdaderos y que en lo más íntimo de mi alma quisiera haberme expuesto a mayores peligros por tu amor y siento un nefasto placer en haber arriesgado por ti mi vida y mi honra». Ella amó a Chamilly, como Eloísa a Abelardo, con la frente en alto.

Estas citas son sólo una pequeña muestra de muchas similitudes. Aunque también hay substanciales diferencias: Abelardo deja a Eloísa por razones “poderosas”: la sabiduría, la ciencia; acaso por la castración. Esto de Abelardo fue ¿cobardía?, ¿vanidad?, ¿vergüenza? Pero Chamilly abandona a Mariana por razones vanas y tal vez caprichosas: ¿el resplandor del Rey?, ¿el frufrú de las cortes?... Abelardo y Eloísa eran marido y mujer - tuvieron un hijo- y él renuncia a ella por el amor a la filosofía y a Dios. Chamilly por «gozar de los lánguidos placeres que [le] ofrecen [sus] amantes de Francia».

---

<sup>123</sup> *Cartas de Abelardo y Eloísa*. P. 127.



**«...un corazón sensible no puede olvidar jamás»**

Inolvidable. Sí. El amor de Mariana por Chamilly fue inolvidable. Su corazón abandonado guardó una cicatriz indeleble que le impidió olvidar a ese amor ingrato. La Quinta y Última Carta pareciera un monumento a la razón y al dominio de la voluntad sobre la pasión. Pero no es posible cortar de un tajo, por un acto racional, ese torrente de emociones, esa pasión desbocada que sintió Mariana por Noël Bouton de Chamilly. No importa lo que escribió, no importa la distancia, no importa su decisión de olvidarlo. Lo llevó en el corazón hasta su muerte. No me cabe duda.

En la vida del ser humano hay un amor -tal vez dos- que lo marca para siempre. Así le sucedería a Mariana y lo atestigua en su Quinta y Última Carta:

¿No experimenté ya que un corazón sensible no puede olvidar jamás lo que lo hizo descubrir la pasión de que era capaz y que no conocía? ¿Que todos sus afectos y emociones están arraigados profundamente en el ídolo que los creó? ¿Que sus primeras impresiones y heridas no se pueden cicatrizar, ni extinguirse? ¿Que todas las nuevas pasiones que con todas sus fuerzas tratan de satisfacerlo y contentarlo, le prometen vagamente una sensibilidad que no recuperará jamás? ¿Que todos los placeres que busca, sin ningún deseo de encontrarlos, no sirven sino para convencerlo de que nada le es tan querido como el recuerdo de sus penas?

El amor de Mariana era un amor absoluto. Y según nuestro citado Gurméndez, éste «se manifiesta por la necesidad perentoria que tenemos de otro ser» y

puede hacerse tan definitivamente absoluto que nos aprisione y aisle en una soledad irreal [que] lleva [...] a independizarnos de todo lo que nos rodea, a la negación de la Naturaleza y de los seres humanos [Su búsqueda] puede consumir en vano nuestras vidas sin hallarlo jamás. Tal es el desengaño final del espíritu a que puede llevar la ansiedad de amor absoluto [...] que puede fijarse en un ser al que permaneceremos fieles toda nuestra vida, o relativizarse en amores cambiantes, variables [...] Esto significa la necesidad vital de esa única criatura que, solamente ella, puede terminar con la angustia de la soledad.<sup>124</sup>

---

<sup>124</sup> GURMÉNDEZ. *Op. cit.*, pp. 83-86.

Ortega y Gasset, en el libro que tutela familiarmente este trabajo, lo dice de otra manera:

... [amar] es sentirse “encantado” por otro ser [...] sentirse absorbido por él hasta la raíz de nuestra persona, como si nos hubiera arrancado de nuestro propio fondo vital y viviésemos trasplantados a él, con nuestras raíces vitales en él [...] el enamorado se siente entregado totalmente al que ama; no importa que la entrega corporal se haya cumplido o no [...] Un amor pleno, que haya nacido en la raíz de la persona, no puede verosímilmente morir. Va inserto por siempre en el alma sensible [...] la persona que amó se sigue sintiendo absolutamente adscrita a la amada. El azar podrá llevarla de aquí para allá en el espacio físico y en el social. No importa: ella seguirá estando junto a quien ama.<sup>125</sup>

Yo añadiría que cuando una persona se enamora de otra, llega a ella por sus cualidades y sus valores, esto es, por su belleza. Pero una vez que se ha producido esa magia del amor y del enamoramiento, ese estremecimiento telúrico en el corazón del enamorado, cuando esa persona ama a la otra, no sólo «se sigue sintiendo absolutamente adscrita a la amada», sino que por ser la belleza apenas el camino para llegar a la persona amada, aquélla -la belleza- puede desaparecer, pero el amor queda. Ese amor está centrado en la esencia de la persona. Y ahí sí, como dice Ortega, «el azar podrá llevarla de aquí para allá», podrán ocurrir cambios en la belleza del ser amado, pero el amor seguirá presente, inmutable. Como la caricia del río y de la piedra, ahí está, siempre nuevo, siempre intacto.

En la citada traducción de Francisco Castaño, se reproduce un corto pero bello ensayo de Rainer María Rilke -a su vez traductor de las Cartas- sobre “Las cinco Cartas de la monja portuguesa”, y allí el poeta de los *Sonetos a Orfeo* dice, al referirse a lo esencial del amor, que éste consiste «en que uno fuerza al otro a transformarse en algo, a transformarse infinitamente, a transformarse en lo más extremo que sus fuerzas sean capaces de alcanzar»<sup>126</sup>.

Las opiniones de Gurméndez y Ortega están validadas por la experiencia. Igor Caruso, en *La separación de los amantes*, menciona el dramático caso de un profesor de secundaria, quien dice que «no puede apartar del pensamiento» a su enamorada; la encuentra en todas partes; todas las cosas se la evocan. Y es tal la obsesión del paciente que en su desesperación llega hasta desearle la muerte: «¿No sería una solución ideal el

<sup>125</sup> ORTEGA Y GASSET. *Op. cit.*, p. 69.

<sup>126</sup> ALCOFORADO. *Cartas de la monja portuguesa*. P. 59.

que pudiera ya dolerme por una verdadera muerte? Así podría decir: fue el destino [...] *para mí* su muerte es favorable, pero a *ella* le deseo la vida más feliz que se pueda imaginar»<sup>127</sup>.

El amor absoluto es ineludible. Más aún, es invasor. El ser enamorado juega con los cuerpos. Este cuerpo se convierte en aquel cuerpo. Escudriña los movimientos de la ciudad y no descubre a su alma compañera. La ronda por su calle es la esperanza de una luz encendida. La busca donde no puede estar. ¡Ah! Boccherini... Chopin... Armstrong... El recuerdo asalta con alevosía al olvido en un recital de Kuzmin o Puyana, en un filme de Fellini o Almodóvar. La visión del ser amado lo paraliza. Lo contempla, acompañado, como un relámpago que amedrenta. Y duele. Sabe que ese beso y ese amor son su beso y su amor. Desea abrazarlo, besarlo y decirle que no puede vivir con su ausencia. Su cuerpo, su mente, todo su ser están vacíos de ese otro ser. Es «la angustia de la soledad». Sus manos tienen la ausencia de su cuerpo. Recordarlo es la única forma de tenerlo. No hay duda, está condenado a adorarlo por siempre. No importa dónde, ni con quién se encuentre. Lo seguirá amando en la soledad y en la compañía. Lo tendrá siempre en su corazón. Está condenado a estar con él en el llanto y en el beso. En la pasión y el dolor. Más allá del tiempo y de la distancia.

Con su recuerdo inmutable, lo espera sin cansancio. Su corazón nunca será entregado a otro ser. Siempre está allí, anhelante. Su presencia lo avasalla todo, es total y exclusiva, tanto que el pasado se agolpa en el presente, porque todos los recuerdos vienen a vivir en el corazón; en cuyo caso, habría que decir con Baudelaire: «Déjame respirar un rato, un buen rato, el olor de tus cabellos, hundir en ellos mi rostro, como un hombre sediento en el agua de una fuente, y agitarlos con mi mano como un pañuelo perfumado, para sacudir recuerdos en el aire [...] Déjame morder un buen rato tus trenzas pesadas y negras. Cuando mordisqueo tus cabellos elásticos y rebeldes, me parece estar comiendo recuerdos»<sup>128</sup>. Alimentándose de su recuerdo, él mantiene viva su ilusión y ella siempre está presente. Hay hasta recuerdos de sitios desconocidos.

Su aroma le embriaga la memoria. Ese perfume trastorna. Es una trampa. Siempre a la mano, Rive Gauche, Paloma Picasso. El aroma, el olor, obsesionan. Ya lo decía Baudelaire (otra vez Baudelaire):

Guiado por tu aroma hacia mágicos climas,  
Veo un puerto colmado de velas y de mástiles

---

<sup>127</sup> CARUSO. *Op. cit.*, p. 22.

<sup>128</sup> Charles BAUDELAIRE. *Poemas en prosa*. Bogotá, El Áncora Editores, 1994. Pp. 54-55. Traducción de Álvaro Rodríguez.

Todavía fatigados del oleaje marino,  
 Mientras del tamarindo el ligero perfume,  
 Que circula en el aire y mi nariz dilata,  
 En mi alma se mezcla al canto marinero.<sup>129</sup>

Miguel Hernández a su vez dice:

Ropas con su olor,  
 paños con su aroma.  
 Se alejó en su cuerpo,  
 me dejó en sus ropas.  
 Lecho sin calor,  
 sábana de sombra.  
 Se ausentó en su cuerpo.  
 Se quedó en sus ropas.<sup>130</sup>

Así ocurrió cuando aquella niña, mi amiga de la niñez, guardó para sí la ropa del amor adolescente que se fue. La acompaña a todo instante. Hoy no sé si pudo olvidarlo. Creo que ella tampoco lo sabe.

No es difícil imaginar que algo similar le sucedería a Mariana. Ella tenía permanentes motivos para recordar a Chamilly: su celda, el balcón donde lo vio el «día fatal», las puertas de Mertola, el valle donde caracoleaban los caballos, su retrato, sus regalos, en fin, toda su cotidianidad.

Muy a su pesar, la Quinta y Última Carta está llena de afirmaciones de la voluntad, tanto como de contradicciones. Y allí sí es válido hablar de contradicciones, porque es una carta tan poética como cerebral. Manejar el corazón con el cerebro es olvidar lo que decía Pascal: «El corazón tiene razones que no entiende la razón». Mientras Mariana le dice a Chamilly que ya no lo ama, más precisamente «que *debe* dejar de amarle»<sup>131</sup>, llora al desprenderse de sus recuerdos: «¡Cuántas lágrimas me costó esta decisión!...»; le duele más olvidarlo, que amarlo sin esperanza: «Estoy convencida de que habría sentido emociones menos penosas, amándole, ingrato como es, que dejándolo para siempre»; no se atreve a recibir sus cartas, por temor a «atizar en [ella] de nuevo la llama del amor», que está allí latente, escondida; sabe que su corazón nunca dejará de sufrir por el abandono y se pregunta: «¿Cuándo dejará mi corazón de ser lacerado?»; planea apuntalar

<sup>129</sup> BAUDELAIRE. *Las flores del mal*. Madrid, Alianza, 1994. P. 37. Traducción de Antonio Martínez Sarrión. Esta versión de “Perfume exótico” me parece mejor que la de Nydia Lamarque (en Losada), que la de Enrique Parellada (Ediciones 29) y que la de nuestro francófilo Andrés Holguín (en Guadarrama y El Áncora).

<sup>130</sup> Miguel HERNÁNDEZ. *Poemas de amor*. Madrid, Alianza, 1994. P. 112.

<sup>131</sup> En el original en francés: «... et qu'ainsi je ne dois plus vous aimer», en el texto de José María de Sousa.

su decisión racional con la lectura de unas cartas frías y desdeñosas de Chamilly: «guardaré cuidadosamente las dos últimas y volveré a leerlas muchas más veces de lo que leí las primeras, como una medida para no recaer en mis flaquezas». Mariana se entrega a Cristo, pero nunca olvida a su amante. Es un amor que la sigue hasta la tumba, contra su voluntad. Ésta no puede entrar en juego, es imposible. Tal vez Mariana acudió a ese recurso ilusorio, pero su corazón estaba con Chamilly. Después de la Quinta y Última Carta, Mariana pasa de la pasión a la sublimación y tal vez a la mística. Transfiere toda su pasión a Cristo, que es el ejemplo clásico de la relación entre pasión y mística: la pasión sublimada.

Sor Mariana Alcoforado se enamoró profundamente y en esas condiciones se hacen las locuras más extraordinarias. Ya lo dijo ella cuando estuvo dispuesta a todo, cuando arriesgó todo, cuando se lo dice aún en la Quinta y Última Carta: «Si me hubiese dado pruebas de su pasión después de que partió de Portugal, habría hecho todos los esfuerzos para salir de aquí. Me habría disfrazado para irme con el señor». Y también Mariana mostró la grandeza de su amor al aceptar su destino: «Sé muy bien cuál es mi destino, para intentar superarlo. ¡Seré infeliz toda mi vida!». Y esa madura aceptación es la grandeza del amor apasionado. Basta revisar la literatura para encontrar una larga lista de Marianas. De amantes desdichados, no correspondidos, está poblada la literatura, la gran literatura.

Porque un amor absoluto y apasionado es más violento que cualquier otra pasión, arrasa con todas las consideraciones, vence océanos y montañas con fuerza y perseverancia increíbles, hasta arriesgar la vida por él y perderla, si no hay esperanza. Por ese amor, más allá de toda razón, se sacrifica la tranquilidad. No se teme a un compromiso absurdo, ni a relaciones ruinosas, ni al deshonor, ni a la traición, ni a actos criminales, sean estos adulterios o violaciones; es decir, no valen ni las leyes del hombre, ni las de Dios, ni las del diablo.

Cualquier lector dirá que ha estado enamorado muchas veces. Que examine a fondo su corazón y encontrará, o que nunca fue así o que sólo una vez (tal vez dos) ha estado dispuesto a perderlo todo, a echar todo por la borda por un amor.

Para la muestra, estas cinco Cartas en que virtió su corazón una mujer, una religiosa, un ser humano vestido con el hábito de la pasión.

IGNACIO VÉLEZ PAREJA,  
Tocaima y Bogotá.

Terminé dieciocho años después, el 2 de marzo de 1996.

### Nota técnica del traductor

El texto de las Cartas que se presenta a continuación tiene dos partes. La primera corresponde a mi traducción al español de la versión portuguesa de Luciano Cordeiro; la segunda la constituye dicho texto de Cordeiro, quien a su vez tradujo de la edición original francesa. Mi versión la revisé a la luz del texto original en francés que se encuentra en la edición de *Lettres portugaises*, introducidas y traducidas al portugués por De Sousa, en las de Deloffre y Rougeot (1962), Bray y Landy-Houillon (1983) y Deloffre (1990); también a la vista y consulta de las traducciones de Rainer María Rilke, de Pedro González-Blanco, de Francisco Castaño, de Roger L'Estrange<sup>132</sup> y de José María de Sousa.

Hay que advertir que parte del trabajo de Cordeiro fue analizar el orden de las Cartas: la que aparece como segunda en la versión francesa es la cuarta en la versión de Cordeiro y viceversa. El orden lo define Cordeiro confrontando hechos mencionados por Mariana, como la paz con Francia y el tiempo que ha transcurrido sin recibir carta de Chamilly<sup>133</sup>. La edición de Lello & Irmao acoge el orden sugerido por Cordeiro, apartándose de la versión original de De Sousa. Otro aporte de Cordeiro a la mayor precisión estilística, es el de utilizar un trato -en la Quinta y Última Carta- coherente con lo que Mariana anuncia: «...espero hacerle saber, por la diferencia de los términos y del trato de esta carta». Esto es, que ya no lo tratará con familiaridad y tampoco lo tuteará, sino que lo distancia con el tratamiento de “usted” y de “señor”. Cordeiro traduce, en consecuencia, esa Carta con el tratamiento apropiado. Más aún, en toda la traducción Cordeiro utiliza un estilo personal, sencillo, íntimo, despojado del lenguaje florido y de la solemnidad literaria que aparece en otras versiones.

Aunque hice la traducción a partir de la versión de Cordeiro, me aparto de ella en tres casos, que comento a continuación:

El primero está en la Primera Carta, donde dice: «*Uma paixão em que bordavas tantos deleitosos projectos só pode dar-te, agora, um mortal desespero, apenas comparavel á crueldade d'esta ausencia*». Estrictamente debería traducir como: «Una pasión en la que tenías fundadas tantas deliciosas expectativas, sólo puede darte ahora una mortal desesperación, apenas comparable a la crueldad de esta ausencia». Sin embargo, ese “tú” implícito yo lo he interpretado como una transposición al destinatario (Chamilly) de los sentimientos y las esperanzas de la misma Mariana. Como cuando en español corriente y

<sup>132</sup> “Five Love-Letters from a Nun to a Cavalier Done out of French into English by Roger L'Estrange”. En: WÜRZBACH. *Op. cit.*, pp. 3-21.

<sup>133</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, pp. 241-251.

familiar uno dice, por ejemplo, “es como si tú hicieras esto o lo otro”, para referirse a lo que *uno* hace, no lo que hace la persona a quien uno se dirige. Ese “tú” sería equivalente a un “se” o a un “uno” impersonal (o más bien universal, pues es bien cercano al “yo”). Y precisamente en una carta íntima se puede encontrar este grado de familiaridad e informalidad. Por lo tanto, yo he traducido este fragmento como si Mariana hablara de sus propios sentimientos -como de hecho lo hace- y he suprimido el “tú” y sus pronominales correspondientes: «Una pasión en la que tenía tan deliciosas expectativas sólo puede *dar-me* hoy una mortal desesperación, apenas comparable con la crueldad de esta ausencia».

El segundo caso en que me distancio de Cordeiro está en la Segunda Carta, donde dice: «*Sem precisar valer-me de todo o meu amor, e sem querer saber se terias feito **por mim** alguma coisa de extraordinario, eu teria resistido facilmente a muito melhores razões do que podem ser as que te moveram a deixar-me*»<sup>134</sup>. Yo lo traduje así: «Sin necesidad de valerme de todo mi amor y sin creer haber hecho algo extraordinario, hubiera podido soportar con facilidad este abandono, si las razones por las cuales me dejaste hubieran sido más poderosas». Esta interpretación parece más lógica y coherente. Se asemeja a la de la edición de Lello & Irmao que dice: «*Eu teria resistido, sem o estímulo de todo o meu amor, e sem o mais leve pensamento de ter feito alguma façanha, a razões maiores do que as que puderam obrigar-te a deixar-me*»<sup>135</sup>. Es fácil observar que se trata de que ella no estima que hubiera hecho (ella) algo extraordinario al soportar ese abandono, siempre y cuando las razones hubieran sido poderosas.

El tercer caso de discrepancia con la versión de Cordeiro se encuentra también en la Segunda Carta, donde dice: «...*lá me levou a passeiar na varanda d'onde se vêem as portas de Mertola*»<sup>136</sup>; estrictamente podría traducirse: «...me llevó a pasear al balcón desde donde se ven la puertas de Mertola». De hecho, uno de los costados del convento mira hacia Mertola y había unas puertas con ese nombre, porque miraban hacia allá. Sin embargo, prefiero: «...me llevó a pasear al balcón que mira hacia Mertola», más bien de acuerdo con la traducción que hace Bowles al inglés, que dice «...*on the balcony **which looks towards Mertola***»<sup>137</sup> y en consonancia también con Roger L'Estrange, quien traduce «...*on to the Balcon that looks (you know) **toward Mertola***»<sup>138</sup>. Cordeiro tiene una larga

<sup>134</sup> *Ibid.*, pp. 265-266.

<sup>135</sup> [ALCOFORADO] *Cartas de amor ao Cavaleiro de Chamilly*. P. 40.

<sup>136</sup> CORDEIRO. *Op. cit.*, p. 268.

<sup>137</sup> Esta traducción se encuentra en *Letters from a Portuguese Nun to an Officer in the French Army* (Londres, 1808). Citada por Cordeiro. En español: «...al balcón que mira hacia Mertola».

<sup>138</sup> WÜRZBACH. *Op. cit.*, p. 14. En español: «...al balcón que mira (tú sabes) hacia Mertola.»



nota donde explica cuál sería la mejor traducción para esta frase y dice que P. Chagas hace la observación de que, como se puede ver en el mapa, es imposible que Mariana hubiera escrito eso, puesto que Mertola está a 40 kms. de Beja, pero que si no existieran las lomas y ondulaciones del terreno, sí podría verse a lo lejos. Agrega Cordeiro que la mejor traducción es la de Bowles; sin embargo, él no la sigue. Tanto Chagas como Cordeiro están de acuerdo en que la frase no parece apócrifa y tal vez por esa razón él la acepta, a pesar de todo. Reproduzco las citas de las otras traducciones que incluye Cordeiro en su libro: el texto francés, fijado por De Sousa, dice: «*Elle me mena promener sur le balcon d'où l'on voit Mertola*»<sup>139</sup>. Do Nascimento -Filinto Elysio- escribe: «*...me levou a passear á varanda d'onde se avista Mertola*»<sup>140</sup>; De Sousa, en su traducción portuguesa: «*...levou-me á varanda donde se vé Mertola*»<sup>141</sup>; Theophilo de Braga: «*...no mirante do mosteiro d'onde se avista Mertola*»<sup>142</sup>; J. Ennes: «*...levou me ao eirado d'onde se avista Mertola*»<sup>143</sup>; y P. Chagas: «*...levou-me á varanda d'onde se vé Mertola*»<sup>144</sup>.

La versión francesa de De Sousa sigue la puntuación del abate Mercier de Saint-Léger; de resto, todo es igual al texto de la primera edición de 1669, en la cual parece que las Cartas fueron escritas en un solo párrafo. Yo he acogido la puntuación de De Sousa y no la de Cordeiro.

---

<sup>139</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 158. En español: «Ella [Dona Brites] me llevó a pasear por el balcón desde donde se ve Mertola».

<sup>140</sup> DO NASCIMENTO. Obra citada por Cordeiro (ver cita 18 de este trabajo). En español: «...me llevó a pasear al balcón desde donde se ve Mertola».

<sup>141</sup> [ALCOFORADO] *Lettres portugaises*. P. 159. En español: «...me llevó al balcón donde se ve Mertola».

<sup>142</sup> [Mariana ALCOFORADO] “As cartas da religiosa portuguesa”. *Era Nova*, Nº 5 (Lisboa, nov. de 1880). Traducción de Theophilo de Braga. Citado por Cordeiro. En español: «...el mirador del monasterio desde donde se ve Mertola».

<sup>143</sup> [Mariana ALCOFORADO] *Cartas da religiosa portuguesa Marianna Alcoforado (Novamente reproduzidas en lingua portugueza)*. Lisboa, Typ. do Diario de Annuncios, 1872. Traducción de Jose Domingos Ennes. Citado por Cordeiro. En español: «...me llevó a la azotea desde donde se ve Mertola».

<sup>144</sup> [Mariana ALCOFORADO] “Os dramas celebres do amor. A Religiosa Portuguesa”. *Encyclopedia instructiva e amena*, Nº 10, 3a. serie. Lisboa, 1874. Pp 106-126. Traducción de Pinheiro Chagas. Citado por Cordeiro. En español: «...me llevó al balcón donde se ve Mertola».

### **Cartas de Amor de Sor Mariana**

## Primera Carta

Piensa, mi amor: ¡qué desconsiderado fuiste! ¡Ah, infeliz! Me engañaste con falsas esperanzas. Una pasión en la que tenía tan deliciosas expectativas sólo puede darme hoy una mortal desesperación, apenas comparable con la crueldad de esta ausencia. Y este abandono, para el cual mi dolor, por más que se esmere, no halla nombre más funesto, ¿habrá de privarme por siempre de contemplar esos ojos en que veía tanto amor y que me hicieron conocer los embelesos que henchían mi pecho de alegría, que eran todo para mí y, en fin, que colmaban mi vida?

Los míos estarán privados de la única luz que los animaba. En ellos sólo quedan lágrimas; no hacen sino llorar, desde que supe que estabas decidido a separarte de mí, una separación que me es tan insoportable, que muy pronto me matará.

Y con todo, me parece que me aferro a mis penas, de las cuales sólo tú eres la causa. Te consagré mi vida desde que en ti descansaron mis ojos y siento un placer místico en sacrificarla por ti.

Miles de veces durante el día te buscan mis cansados suspiros, tan tristes, que no dan otro alivio a mis tribulaciones que el aviso, cruel y sincero, de mi desventura, que no consiente que me ilusione y que me repite a cada instante: «Deja, deja de consumirte en vano, ¡infeliz Mariana!, de anhelar un amante que jamás volverás a ver, que cruzó los mares para huir de ti, que vive en Francia entregado a los placeres, que ni un solo momento piensa en tus penas, que te produce todos estos arrebatos de amor y no sabe agradecértelo». Mas no. No puedo decidirme a pensar tan mal de ti. Deseo disculpar todos tus actos. ¡Tampoco quiero imaginar que me has olvidado!

Y soy ya muy desdichada, como para dejarme atormentar por falsas sospechas. ¿Por qué esforzarme en borrar de mi memoria todos los desvelos con que anhelabas probarme tu amor? ¡Ah! Todo ello me deleitaba tanto, que habría sido una ingrata si no te hubiera amado con los arrobos que me producía mi propia pasión, cuando gozaba de los testimonios de la tuya. ¿Cómo es posible que los recuerdos de tan dulces momentos se hayan tornado tan amargos? ¿Y que ahora, contra todos mis deseos, hayan de servir sólo para lacerar mi corazón? ¡Pobre de él! Al leer tu última carta mi corazón ha quedado reducido a un estado miserable: eran tan fuertes sus palpitations que me parecía que hacía esfuerzos para separarse de mí y volar hacia ti. Tan abatida quedé por esas violentas emociones, que por tres horas perdí el sentido. Luchaba así contra la vida que por ti debo perder, ya que para ti no la puedo conservar. Con mucho pesar volví en mí. Me complacía

en sentir que moría de amor y me sentía muy bien al pensar que dejaría de flagelar mi alma por el dolor de tu ausencia.

Después de esta conmoción, he padecido muchas y diversas enfermedades; pero, ¿cómo puedo vivir sin penas, si no he de volverte a ver? Sé soportarlas sin queja, pues provienen de ti. ¡Pobre de mí! ¿Es esa la recompensa que me das por haberte amado con tanta ternura? No importa. Estoy resuelta a adorarte toda mi vida y a no querer a nadie más. Y creo que harías muy bien, igualmente, en no amar a ninguna otra. ¿Acaso podrías contentarte con una pasión menos ardiente que la mía? Encontrarás tal vez más hermosura -aunque en otras ocasiones me dijiste que era bonita- mas nunca hallarás tanto amor... y todo o más, es nada.

Deja de escribir necedades: no me pidas que te recuerde. No puedo olvidarte, ni tampoco olvido la esperanza que sembraste en mí, de estar conmigo algún tiempo. ¡Ah! ¿Por qué no quieres pasar toda la vida a mi lado? Si pudiese salir de este aburrido convento, no esperaría en Portugal a que cumplieses tus promesas... Partiría sin pudor a buscarte, seguirte y amarte por todo el mundo. No me atrevo siquiera a pensar que fuese posible. No quiero alimentar una esperanza, que me daría seguramente algún alivio y no quiero sino entregarme a la pena.

Confieso, sin embargo, que la oportunidad que mi hermano me ofreció para escribirte me alegró mucho y suspendió por un instante el desespero en que vivo.

Te exijo que me digas, ¿para qué te dedicaste a cautivarme tanto sabiendo muy bien que debías abandonarme? ¡Ah! Dí, ¿por qué razón te encarnizaste en hacerme desgraciada? ¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento? ¿Qué daño te hice?

Pero, perdóname, mi amor. No te culpo de nada. No estoy en condiciones de vengarme de ti y sólo acuso a la crueldad de mi triste destino. También me parece que el separarnos nos hace todo el mal que podríamos temer de él. Pero el destino no podrá separar nuestros corazones. El amor, más poderoso que él, nos unió para toda nuestra vida.

Si algún interés por mi vida tienes, escíbeme con frecuencia. Bien merezco que tengas la delicadeza de contarme cómo estás y cómo te sientes. ¡Ah! Sobre todo... ven a verme. ¡Adiós! No puedo deshacerme de este papel que ha de ir a tus manos. ¡Cuánto quisiera tener la misma dicha! ¡Qué locura la mía! Sé muy bien que esto no es posible. Adiós: no puedo más. ¡Adiós! Ámame siempre. Y haz padecer aún más a tu pobre Mariana.

## Segunda Carta

Tu teniente acaba de decirme que una tormenta te hizo llegar a Algarve. Me aterra que hubieras tenido que sufrir tanto en el mar; el temor me absorbió tanto, que dejé de preocuparme por todas mis penas. ¿Crees, acaso, que tu teniente se interesa más que yo en todo lo que te sucede? ¿Por qué razón recibió él esta información antes que yo? En fin, ¿por qué no me has escrito?

Bien desgraciada soy si no has tenido tiempo para hacerlo desde que te fuiste y, más aún, si habiéndolo tenido, no me escribiste. Tu injusticia y tu ingratitud son extremas; pero me afligiría desesperadamente si ellas te ocasionaran algún infortunio. Prefiero que se queden sin castigo, a que se venguen por mí. Rechazo todo lo que me indica que no me amas y me siento más dispuesta a abandonarme ciegamente a mi pasión, que a aceptar las razones que me ofreces cuando me quejo de tu frialdad.

¡Cuántas angustias me habrías evitado si tu proceder hubiera sido tan remiso y lánguido en los primeros días que te vi, como me parece que lo es desde hace algún tiempo!... ¿Pero, quién no se dejaría engañar como yo por tantas atenciones y a quién no le habrían parecido sinceras? ¡Cuánto nos cuesta y cuánto tardamos en decidimos a sospechar de la lealtad de los que amamos!

Veo muy bien que te satisfaces con la menor de las disculpas y antes de que te apresures a engañarme, te digo que el amor que tengo por ti te sirve con tanta fidelidad, que no puedo culparte, sino para gozar del inefable placer de perdonarte.

Me venciste con la asidua perseverancia de tus galanteos, me inflamaste con tus arrebatos, me encantaste con tus detalles amables, me convenciste con tus juramentos, me sedujo mi propia inclinación apasionada; pero las consecuencias de estos comienzos tan deliciosos y tan felices no son más que lágrimas, cansados suspiros y una funesta muerte, ¡sin que pueda hallarles algún remedio!

Es verdad que amándote gocé de las delicias nunca imaginadas, pero hoy me cuestan penas extraordinarias. Todas las emociones que me causas son siempre intensas. Si me hubiese resistido a tu amor con obstinación, si te hubiese dado motivo de dolor y de celos, para entusiasmarte y atarte más; si hubieses notado en mi proceder algún rechazo fingido, si, en fin, hubiese opuesto mi razón a la inclinación natural que por ti sentía -de la cual al instante me advertiste, aunque mis esfuerzos sin duda habrían sido inútiles-, podrías, con todo derecho y justicia, castigarme con severidad y abusar del poder que tienes sobre mí. Pero me pareciste digno de mi amor; antes de que me hubieras dicho que me amabas me demostraste una gran pasión; quedé deslumbrada y me dediqué a amarte con locura.

Si tú no estabas ciego, como yo, ¿por qué me dejaste caer en el estado miserable en que ahora me encuentro? ¿Qué querías hacer con mis arrebatos, tan inoportunos, como excesivos? Bien sabías que no habrías de quedarte para siempre en Portugal. ¿Por qué me escogiste para hacerme tan desgraciada? En este país habrías encontrado sin duda otra mujer más hermosa que yo, con la cual hubieras podido disfrutar de los mismos placeres, pues sólo te interesaban los más primarios; una mujer que te habría amado con fidelidad mientras estuvieses con ella y a la que el tiempo pudiese consolar por tu ausencia; y que habrías podido abandonar sin perfidia ni crueldad.

Tu proceder es más propio de un tirano dedicado a perseguirme, que de un amante, quien sólo debería pensar en cautivarme.

¡Ay! ¿Por qué tratas con tanta dureza a un corazón que es todo tuyo? Veo con claridad que es tan fácil que te persuadan contra mí, como lo fue para mí dejarme persuadir por ti.

Sin necesidad de valerme de todo mi amor y sin creer haber hecho algo extraordinario, hubiera podido soportar con facilidad este abandono, si las razones por las cuales me dejaste hubieran sido más poderosas, aunque todas me habrían parecido muy frágiles y ninguna habría podido alejarme de tu lado. Pero quisiste aprovechar cualquier pretexto para volver a Francia. Partía un navío. ¿Por qué no lo dejaste ir? Te había escrito tu familia. ¿No sabes de las persecuciones que sufrí en la mía? Tu honra te obligaba a dejarme. ¿Acaso resarcí la mía? Tenías que ir a servir a tu rey. Si todo lo que de él dicen es verdad, no tendría ninguna necesidad de tus servicios y habría podido prescindir de ellos.

Habría sido muy afortunada si hubiésemos pasado juntos la vida. Pero ya que era necesario que una ausencia cruel nos separase, me parece que debo complacerme, al menos, de no haberte sido infiel y no quisiera, por nada en el mundo, haber realizado una acción tan baja. ¡Cómo! ¿Conociste a fondo mi corazón y mi ternura y decidiste dejarme por siempre jamás y exponerme a los horrores que me produce el que no me recuerdes... sino para sacrificarme a una nueva pasión?

Veo bien que te amo como una insensata. A pesar de todo, no me quejo del furor de mi corazón. Me acostumbro a sus tribulaciones y no podría vivir sin este placer tan especial, al que me aferro, de amarte entre mil dolores y penas.

Pero lo que me mortifica sin cesar es el disgusto y el fastidio que tengo para todo... Mi familia, mis amistades, este convento, todo se me ha hecho insoportable. Aborrezco todo lo que tengo que hacer y a lo que tengo que asistir por obligación. Tan celosa soy de mi pasión, que me parece que todas mis acciones, todas mis obligaciones te pertenecen. Sí,

me siento culpable cuando no dedico a ti todos los momentos de mi vida. ¡Qué haría, ay de mí, sin este odio tan grande y este gran amor que hinchan mi corazón! ¿Podría, acaso, sobrevivir a lo que incesantemente me absorbe y llevar una vida tranquila y lánguida? No, no podría, no me conformo con ese vacío y esa indiferencia.

Todos perciben el cambio en mi genio, en mi manera de ser y en toda mi persona. La Madre Superiora me hablaba sobre esto, al principio con severidad, después, con algún cariño. No sé lo que le respondí. Creo que le confesé todo. Las religiosas más austeras se compadecen del estado en que me ven. Las mueve una cierta consideración y un cuidado conmigo. A todos conmueve mi loco amor y tú, sólo tú, permaneces en una profunda indiferencia..., sin escribirme sino cartas frías, llenas de repeticiones, que no llegan ni hasta la mitad de la hoja de papel, lo cual me indica burdamente que te mueres de impaciencia por terminarlas.

*Dona* Brites me buscó hace algunos días para sacarme de mi habitación y, creyendo que me divertiría, me llevó a pasear al balcón que mira hacia Mertola. Fui allí y luego me asaltó una cruel nostalgia, que me hizo llorar el resto del día. Regresé a mi cuarto, me acosté y reflexioné sobre las pocas posibilidades que veo de reponerme algún día. Todo lo que hacen para aliviarme exaspera mi dolor y en los mismos remedios hallo motivos para afligirme. En aquel lugar te vi pasar muchas veces con una elegancia y gallardía que me encantaban. Estaba en ese balcón el día fatal en que comencé a sentir las primeras manifestaciones de esta desdichada pasión. Parecía que deseabas agradarme, aun sin conocerme. Me convencí de que me habías distinguido entre todas mis compañeras. Imaginé que cuando pasabas, te gustaba que te viese mejor y que admirara tu destreza y tu garbo cuando hacías caracolear a tu caballo. Me asustaba toda si lo obligabas a hacer algún paso difícil. En fin, me interesaba en secreto por todas tus acciones. Sentía que no me eras indiferente y recibía para mí todo lo que hacías.

Conoces muy bien las consecuencias de esto que iniciamos y aunque no tengo nada de qué arrepentirme, no debo, sin embargo, recordártelas por temor de hacerte sentir más culpable y de censurarme por tantos afanes inútiles para obligarte a que me fueras fiel. ¡No, no lo serás! ¿Cómo puedo esperar de mis cartas y de mis lamentos, lo que mi amor y total entrega a ti no pudieron hacer contra tu ingratitud?

Estoy más que segura de mi desventura. Por tu inicuo proceder no me queda la menor duda de ella; debo sospechar de todo, pues ¡me abandonaste!

¿Acaso sólo para mí eran tus encantos y no habrá otras a quienes deslumbrarás? Creo que no me disgustaría que pudieras comparar los sentimientos de otras con los míos y

quisiera -¡mira las contradicciones de mi alma!- que todas las damas de Francia te considerasen amable, pero que ninguna te amase y que ninguna te agradase. Sé que esta idea es ridícula e imposible. No obstante sé, por experiencia, que no eres capaz de sentir un gran amor y que podrás olvidarme sin ayuda y sin una nueva pasión que te obligue a ello. Tal vez quisieses tener algún pretexto razonable... Es verdad que yo sería más desgraciada, pero tú serías menos culpable.

Veo que te quedarás en Francia, sin muchas alegrías, pero con plena libertad. Te retienen la fatiga de un largo viaje, cualesquiera pequeñas obligaciones y el temor de no saber corresponder a mis ardientes arrebatos. ¡Ah, no me temas! Me contentaría con verte de vez en cuando y saber que vivimos en el mismo sitio.

Pero quizá me ilusiono; quién sabe si la austeridad y la indiferencia de otra mujer te conmoverán más que mi afecto. ¿Será posible que los maltratos inflamen tu corazón?

Reflexiona, sin embargo, antes de enredarte en una gran pasión y considera cuán grandes son mis penas, la incertidumbre de todos mis planes, las contradicciones de mis cartas, mis esperanzas, mis desesperos, mis nostalgias, mis celos... ¡Veo que vas a sufrir mucho! Te invito a que te aproveches de este ejemplo que te doy, para que, al menos, lo que padezco por ti no sea inútil.

Hace cinco o seis meses me hiciste una confidencia delicada; me contaste, con toda sinceridad, que amabas a una señora en tu país. Si es ella quien te impide regresar, dímelo sin temor, para que no me consuma aún más. Todavía me queda algún resto de esperanza en la que me apoyo; pero si ella no me anima, preferiría perderla por completo y perderme con ella. Mándame su retrato y algunas de sus cartas. Cuéntame todo lo que te dice. Hallaré en ello motivos para consolarme, o para afligirme aún más. No puedo continuar en este estado y cualquier cambio me sería favorable. Quisiera también tener un retrato de tu hermano y de tu cuñada. Amo mucho todo lo que te pertenece y siento afecto por quienes te aprecian. Nada reservo para mí. Hay momentos en que pienso que me resignaría a servir con sumisión a aquella a quien amas. Tus malos tratos y tus desprecios me tienen tan abatida, que a veces ni me atrevo a pensar que podría celarte por temor a disgustarte y llego a creer que censurarte es la mayor impertinencia. Muchas veces me convenzo de que no debo manifestarte, con tanta amargura como lo hago, los sentimientos que tú desprecias.

Hace mucho que un oficial espera esta carta. Había resuelto escribirla de tal manera que pudieses leerla con alegría. Pero es demasiado desordenada; debo terminarla. ¡Ay de mí! No me siento con fuerzas para hacerlo. Me parece que te hablo cuando te escribo y



que estás a mi lado. La próxima carta que te escriba no será tan larga, ni tan impertinente. Podrás abrirla con la certeza de que cumpliré mi palabra. En verdad, no debo hablarte de una pasión que te disgusta y no te hablaré más de ella.

¡Dentro de pocos días hará un año que me entregué toda a ti, sin ningún recato! Tu pasión me parecía tan ardiente y sincera, que jamás me había imaginado que mis favores te disgustasen tanto como para obligarte a viajar quinientas leguas y exponerte a los peligros del mar, sólo para alejarte de mí. ¡De nadie hubiera esperado semejante trato! ¡Deberías recordar mi pudor, mi confusión, mi vergüenza, pero, ¡ay de mí!, no recordarás nada que pueda, muy a tu pesar, obligarte a amarme!

El oficial que debe llevarte la carta, por cuarta vez me avisa que debe partir. ¡Qué prisa tiene! Seguramente abandona a alguna pobre desgraciada en este país.

Adiós. Me cuesta más terminar esta carta que lo que te costó a ti dejarme, tal vez para siempre. Adiós. No me atrevo a decirte nombres tiernos y cariñosos, ni entregarme, sin inhibición, a todos los ímpetus de mi pasión. Te amo mil veces más que a mi vida y mil veces más de lo que me imagino. ¡Lo que más quiero, es lo que más me tiraniza! No me escribes... No pude evitar decirte esto, otra vez. Vuelvo a comenzar, el oficial partirá. ¿Qué importa? Que se vaya... Escribo más para mí que para ti. No intento sino desahogar este corazón. También la extensión de mi carta te dará miedo. No la leerás. ¿Qué hice para ser tan desdichada? Y, ¿por qué envenenaste así mi vida? ¡Ah! ¿Por qué no nací en otra tierra? Adiós; perdóname. No me atrevo a rogarte que me ames. ¡Mira a lo que me ha reducido mi destino!... ¡Adiós!



### Tercera Carta

¿Qué será de mí? ¿Qué quieres que haga? ¡Qué lejos estoy de lo que me había imaginado! Esperaba que me escribieses desde todos los lugares por donde pasases; ¡que tus cartas fueran muy largas! ¡Que alimentaras mi pasión con la esperanza de volver a verte! Que una absoluta confianza en tu fidelidad me daría alguna tranquilidad; y que quedaría, así, en un estado soportable, sin un dolor tan grande. Hasta había planeado hacer todos los esfuerzos que me fueran posibles para reponerme, si pudiese saber con certeza que me habías olvidado. Tu ausencia, algunos toques de piedad, el temor natural de arruinar por completo la poca salud que me queda después de las agotadoras vigiliass y de tantas preocupaciones, la poca esperanza de tu regreso, la frialdad de tu cariño y de tus últimos adioses, tu partida fundada en los pretextos más frívolos, mil otras razones más que, aunque buenas, demasiado inútiles, parecían prometerme un apoyo seguro para soportar esto, en caso de que fuera necesario. No tengo que luchar sino conmigo; mal hubiera podido desconfiar de todas mis debilidades, y prever todo lo que hoy sufro.

¡Oh! ¡Pobre de mí! ¡Soy digna de lástima por no poder compartir mis penas contigo y verme sola, completamente sola, ante tanta desventura! Este pensamiento me mata y muero de terror de pensar que jamás hayas gozado lo suficiente de nuestros placeres. Ahora sí conozco la falsedad de tus sentimientos. Me engañaste cada vez que me dijiste que tu mayor placer era estar a solas conmigo. Debo sólo a mis impertinencias tus desvelos y arrebatos. A sangre fría te hiciste el propósito de iniciar este incendio en que me abrasaste toda. No consideraste mi pasión, sino como una victoria, sin que jamás tu corazón hubiera sido conmovido entrañablemente. ¿Serás tan infame y tan indelicado, como para nunca haber sabido gozar de mis éxtasis? ¿Y cómo es posible, si no fuese así, que con tanto amor no hubiera podido hacerte completamente feliz? Lloro, sólo por el amor que te tengo, las delicias infinitas que has perdido. ¿Por qué fatalidad no quisiste disfrutarlas? ¡Ah! Si las conocieses, hallarías, sin duda, que son más deliciosas que la satisfacción de haberme engañado, y te habrías dado cuenta de que somos más felices y más tiernos amando ardientemente... que siendo amados.

No sé ni quién soy, ni qué hago, ni qué deseo. ¡Me destrozan miles de emociones encontradas! ¿Quién podría imaginarse un estado más miserable? Te amo como una loca y me controlo tanto, que no me atrevo a desearte los mismos males y los mismos ímpetus que me turban. Me mataría, y si no lo hiciese, moriría de dolor, si tuviera la certeza de que no tendrías sosiego alguno, que tu vida sería sólo desespero y locura, que llorarías inconsolablemente y que todo lo aborrecerías. No me siento con fuerzas para soportar mis

males; ¿cómo podría soportar el dolor que me causarían los tuyos, mil veces más penetrantes?

A pesar de todo, no puedo desear que no me recuerdes y, para hablarte con sinceridad, siento celos furiosos de todo cuanto pueda causarte alegría, conmover tu corazón y darte gusto en Francia.

No sé por qué te escribo. Veo que apenas te apiades de mí, rechazaré tu compasión. Siento rabia cuando pienso en todo lo que sacrifiqué por ti. Perdí mi reputación. Me expuse a la maldición de los míos y a la severidad de las leyes de mi país contra las religiosas, y a tu ingratitud, que me parece la mayor de todas las desgracias. Aun así, siento que mis remordimientos no son verdaderos y que en lo más íntimo de mi alma quisiera haberme expuesto a mayores peligros por tu amor y siento un nefasto placer en haber arriesgado por ti mi vida y mi honra. ¿No debía entregarte todo lo que me era más precioso? Dí si no debo estar satisfecha de haberlo hecho así. Me parece que ni siquiera estoy contenta de mis males, ni con mi excesivo amor, aunque, ¡ay de mí!, no puedo ilusionarme de ser feliz contigo. Vivo... ¡Qué desleal soy, pues hago tanto por conservar mi vida, como por perderla! Ay, muero de vergüenza...; ¿acaso mi desesperación existe sólo en mis cartas? Si te amase tanto, tanto como mil veces te lo he dicho, ¿no estaría muerta hace mucho tiempo? Te he engañado. Tú eres quien debe quejarse de mí. ¡Ah!, ¿por qué no te quejas, mi amor? Te vi partir; no tengo ninguna esperanza de que vuelvas, ¡y todavía respiro! Te he traicionado. Te ruego que me perdones. Pero no, no lo hagas, te lo suplico. Trátame con crueldad. No pienses que mis sentimientos son tan ardientes. Sé más difícil de contentar. Dime que desees que muera de amor por ti. Te imploro que me ayudes, para poder vencer la flaqueza de mi sexo y poner fin a mis indecisiones, por un acto de verdadera desesperación...

Un final trágico te obligaría, sin duda, a pensar a menudo en mí. Apreciarías mi recuerdo y esta muerte extraordinaria te causaría una profunda conmoción. Y, ¿no es la muerte, por ventura, preferible al estado en que me has dejado? ¡Adiós! Cómo desearía no haberte visto jamás. ¡Pobre de mí! Siento vivamente la falsedad de este sentimiento y sé, aunque es difícil de expresar, cuánto más prefiero ser infeliz amándote, que no haberte visto jamás.

Me resigno, sin murmurar, a mi malhadada fortuna, ya que tú no quisiste que fuera mejor. Adiós. Prométeme que me recordarás con ternura, si muero de dolor; y así podrá, al menos, la violencia de mi pasión, entristecerte y apartarte de todo. Este consuelo me basta y si es preciso que te abandone para siempre, desearía mucho no dejarte a otra.

¿No sería una refinada crueldad la tuya si te aprovechases de mi desesperación para parecer más amable, para vanagloriarte de haber encendido la mayor pasión que hubo en el mundo? Adiós una vez más. Te escribo cartas demasiado largas. No tengo consideración contigo. Te pido que me perdones y me atrevo a esperar que tendrás alguna indulgencia con esta pobre loca, que no lo era, bien lo sabes, antes de amarte. Adiós. Me parece que te hablo demasiado del estado insoportable en que me encuentro. Sin embargo, te agradezco desde el fondo de mi corazón la desesperación que me causas y aborrezco la tranquilidad en que vivía antes de conocerte. Adiós. Mi pasión crece a cada instante. ¡Ay, cuántas cosas tengo aún por decirte!



### Cuarta Carta

Es verdad que violento mi corazón cuando te escribo tratando de hacerte entender mis sentimientos. ¡Cuán feliz sería, si pudieses valorarlos por la vehemencia de los tuyos!

Pero no puedo fiarme de ti, ni tampoco puedo dejar de decirte, aunque con menos intensidad de la que siento, que no deberías mortificarme tanto, con ese olvido que me enloquece y que hasta es una vergüenza para ti.

Es muy justo, al menos, que soportes los lamentos de esta desolación que presentí desde que conocí tu decisión de dejarme. Bien sé que me engañé al pensar que actuarías conmigo con más lealtad que la acostumbrada; porque, a fin de cuentas, mi excesivo amor me hacía superior a todas y a cualesquiera sospechas y que merecía de ti una fidelidad mayor que la esperada. Pero tu disposición a traicionarme venció, en fin, al justo trato que merecía por todo lo que había hecho por ti.

No sería menos desdichada si me amases únicamente porque yo te amo. Preferiría que ese sentimiento naciera espontáneo desde tu propio corazón. ¡Cuán lejos estoy de esto, pues han pasado seis meses sin recibir una sola carta tuya!

Todas estas desgracias las atribuyo a la ceguera con que me entregué a ti. ¿No debía prever que toda mi alegría se acabaría más de prisa que mi amor? ¿Podría haber esperado a que te quedaras para siempre en Portugal y que renunciaras a tu fortuna y a tu país, para ocuparte sólo de mí? Mis penas no tienen alivio y el recuerdo de mis placeres aumenta mi desesperación.

Pues todos mis anhelos se frustraron y ¡no volveré a verte en mi cuarto con todo aquel ardor, con toda aquella pasión impetuosa que me mostrabas!

¡Mas, ay de mí! ¡Cuánto me engaño! Ahora sé muy bien que todas las maravillas que embriagaban mi cabeza y mi corazón eran producidas sólo por algunos placeres que se acababan tan rápidamente como ellas.

Habría sido necesario que en esos momentos de suprema felicidad hubiera acudido a mi razón, para moderar el nefasto exceso de mis delicias y para entrever todo lo que ahora sufro. Pero me entregaba toda a ti, mi amor, y no me hallaba en estado de pensar en algo que pudiera amargar mi júbilo cuando gozaba con plenitud de las ardientes manifestaciones de tu pasión. Sentía tanto placer por tenerte a mi lado, que no podía imaginar que un día me abandonarías. Recuerdo, a pesar de todo, haberte dicho algunas veces que me harías desgraciada, mas estos temores se desvanecían inmediatamente y me complacía en sacrificártelos y en abandonarme al encanto y a la alevosía de tus protestas.

Veo muy bien cuál sería el remedio para todas mis penas. Me vería libre de ellas al instante si dejara de amarte; pero, ¡ay de mí!, ¡qué remedio!... No. Prefiero sufrir aún más, antes que olvidarte. ¿Depende eso de mí? ¡Si no puedo reprocharme el haber dejado de amarte un solo instante! Aun así, eres más digno de compasión que yo; más vale padecer cuanto padezco, que gozar de los lánguidos placeres que te ofrecen tus amantes de Francia.

No envidio tu indiferencia, ¡me das lástima! Te desafío a que me olvides por completo. Me ufano de saber que sin mí no tienes sino placeres imperfectos y que soy más feliz que tú porque me ocupo más de este amor.

Hace poco me nombraron portera de este convento. Todas las personas que me tratan creen que estoy loca. No sé qué les respondo y es necesario que las religiosas sean tan insensatas como yo, para que me crean capaz de algún cargo.

¡Ah! Cuánto envidio la suerte de Manuel y de Francisco... ¿Por qué no estoy siempre contigo como ellos? Te habría seguido y con seguridad yo te habría servido con mayor devoción.

No deseo nada de este mundo, sino verte. ¡Al menos acuérdate de mí! Me contento con que me recuerdes, pero no estoy segura de que lo hagas. No reducía mis esperanzas a tan poco, cuando te veía todos los días; pero me enseñaste muy bien a someterme a todos tus deseos.

No me arrepiento, sin embargo, de haberte adorado. Me encanta que me hayas seducido. Tu cruel ausencia, quizás eterna, en nada disminuye la intensidad de mi pasión. Quiero que todos lo sepan; no la oculto y me gusta todo lo que hice por ti, contra todas las reglas del decoro. Mi orgullo y mi religión no han sido sino amarte perdidamente toda la vida, desde el momento en que comencé a amarte.

No te digo todas estas cosas para obligarte a que me escribas. ¡Ah! ¡No te violentes! Nada quiero de ti que no sea espontáneo; rechazo todas, todas las pruebas de amor que me dieras de manera forzada. Me gustaría perdonarte, pero tal vez así te complacerías en evitar la molestia de escribirme; y siento una profunda disposición para perdonar todas tus faltas.

Esta mañana un oficial francés tuvo la amabilidad de pasar conmigo más de tres horas, hablándome de ti. Me dijo que la paz en Francia ya estaba hecha. Si así es, ¿no podrías venir a verme y llevarme a Francia? Pero no merezco tanto. Haz sólo lo que te agrada. Mi amor ya no depende de la manera como me trates.



Desde tu partida no he tenido un solo momento de tranquilidad y sólo siento alivio al repetir tu nombre mil veces al día. Algunas religiosas que conocen el estado deplorable en que me dejaste me hablan de ti con frecuencia. Salgo lo menos posible de mi cuarto, adonde viniste tantas y tantas veces, y ahí contemplo tu retrato, que me es mil veces más querido que mi propia vida. De él recibo algún consuelo, pero también mucha tristeza, cuando pienso que no volveré a verte jamás. ¿Cómo es posible que nunca más te vea? ¿Me has abandonado para siempre? Esta idea me mata. Tu pobre Mariana no puede más. Me siento desfallecer al acabar esta carta. Adiós. Adiós. Ten compasión de mí.

## Quinta y Última Carta

Ésta es la última vez que le escribo y espero hacerle saber, por la diferencia de los términos y del trato de esta carta, que finalmente me convenció de que no me amaba y, por lo tanto, que debo dejar de amarle. Aprovecharé, pues, el primer emisario que haya para enviarle lo que me queda de usted. No tema, que no le escribiré. No seré yo quien escriba su nombre en el paquete. Encargué de todo a *Dona Brites*. Me había acostumbrado a compartir con ella las más diversas confidencias... Estaré más segura con sus cuidados, que con los míos. Ella tomará todas las precauciones necesarias para garantizarme que el señor reciba el retrato y las pulseras que me dio. Quiero que sepa que desde hace algunos días me siento capaz de destrozar y quemar todas las prendas de su amor, que me eran tan queridas. Pero le ofrecí tanta lealtad, que jamás podría usted creer que llegase a ser capaz de tal extremo, ¿no es cierto? Prefiero, pues, complacerme en toda la pena que padecí, al separarme de ellos y, al menos, hacerle sentir un poco del rencor que le tengo.

Le confieso, para vergüenza mía y suya, que me hallé más apegada de lo que hubiera deseado a estas baratijas y que sentí que seríanme de nuevo necesarias todas mis reflexiones para deshacerme de cada una de ellas, cuando me hacía a la idea de no amarle más. Pero todo se logra, cuando hay tantas razones como las que tengo.

Le entregué todo a *Dona Brites*. ¡Cuántas lágrimas me costó esta decisión! Después de mil penas y contradicciones que no se imagina y que en verdad no deseo contarle, le rogué con la mayor insistencia que no me hablara más de estos objetos y que no me los diera, aunque los pidiera para verlos siquiera la última vez, y que se los enviara sin avisarme.

No conocí muy bien el exceso de mi amor sino cuando quise hacer todos los esfuerzos para evitarlo, y creo que no me habría atrevido a intentarlo si hubiese previsto tantas dificultades y tanta violencia. Estoy convencida de que habría sentido emociones menos penosas, amándole, ingrato como es, que dejándolo para siempre. Sentí que yo le quería menos que mi propia pasión y tuve mucha dificultad en combatirla, después de que sus ruines proceder me hicieran odiarle.

El orgullo natural de mi sexo no me ayudó a tomar esta decisión contra usted. ¡Ay de mí! He sufrido todos sus desprecios y habría soportado su odio y hasta los celos que me causase su amor por otra. Habría estado, al menos, enfrentada a un sentimiento vivo. ¡Pero su indiferencia me es insoportable! Sus impertinentes reclamos de amistad y los

ridículos cumplidos de su última carta me hicieron ver que el señor había recibido todas mis cartas y que no le causaron ninguna impresión. ¡Y que las leyó! ¡Ingrato! Estoy tan loca, que me desespero por no poder tener la ilusión de que ellas no hubieran llegado a usted, o que no le hubieran sido entregadas.

Detesto su franqueza. ¿Acaso le había pedido que me contara toda la verdad? ¿Por qué no me dejó con la ilusión de mi pasión? Bastaba con que no me escribiera. ¿No era suficiente la desgracia de no haberlo podido obligar a que me engañara y de no poder perdonarlo? Quiero que sepa que me convenció de que es indigno de todos mis sentimientos y que conozco todas sus ruines cualidades.

Sin embargo, si todo lo que hice por amor a usted puede merecer que tenga alguna consideración con los favores que le pida, le ruego que no me escriba más y que me ayude a olvidarle por completo. Si levemente me asegurase que ha sentido algún dolor al leer esta carta, tal vez le creería... Y también tal vez su confesión y su arrepentimiento me causarían ira, y todo esto podría atizar en mí de nuevo la llama del amor.

Por piedad, le pido que no se meta en mi vida; destruiría, sin duda, todos mis planes si de alguna manera se quisiese entrometer en ella. No quiero saber qué pasará con esta carta; no perturbe el estado para el cual me dispongo. Me parece que puede estar satisfecho de los males que ya me ha causado, fuese cual fuese su intención de hacerme desgraciada. No me prive de mi incertidumbre. Espero que con ella, al cabo de un tiempo, pueda lograr algo parecido a la paz del corazón. Le prometo que no le odiaré; desconfío mucho de todo sentimiento violento para atreverme a intentarlo.

Estoy segura de que hallaría en este país un amante más fiel... pero, ¿quién podría hacer que me enamore y vuelva a amar otra vez? ¿La pasión de otro hombre podría embelesarme? ¿Qué poder tuvo la mía sobre usted? ¿No experimenté ya que un corazón sensible no puede olvidar jamás lo que lo hizo descubrir la pasión de que era capaz y que no conocía? ¿Que todos sus afectos y emociones están arraigados profundamente en el ídolo que los creó? ¿Que sus primeras impresiones y heridas no se pueden cicatrizar, ni extinguirse? ¿Que todas las nuevas pasiones que con todas sus fuerzas tratan de satisfacerlo y contentarlo le prometen vagamente una sensibilidad que no recuperará jamás? ¿Que todos los placeres que busca, sin ningún deseo de encontrarlos, no sirven sino para convencerlo de que nada le es tan querido como el recuerdo de sus penas?

¿Para qué me hizo conocer la imperfección y la amargura de una pasión que no debe durar eternamente y los infortunios que acompañan un amor tormentoso, cuando no es

recíproco? ¿Y por qué razón una inclinación ciega y un cruel destino nos hacen de ordinario decidirnos por aquéllos que no nos aman y que prefieren a otros amores?

Cuando pienso que pudiese esperar cualquier distracción con un nuevo cariño y encontrar un corazón leal que me amase, me apiado tanto de mí, que me sentiría culpable de lanzar al más ínfimo de los hombres al estado de miseria al que me redujo usted. Y aunque yo no tengo obligación alguna de respetarlo, no podría someterlo a una venganza tan cruel, en el supuesto caso de que ella dependiese de mí, por un cambio que no preveo.

Trato ahora de perdonarlo y comprendo perfectamente que una religiosa es, en general, poco amable. Sin embargo, me parece que si los hombres fuesen más razonables al escoger sus amores, deberían enamorarse de una monja, antes que de otras mujeres. A ellas nada les impide pensar constantemente en su pasión; no las distrae ninguna de las mil cosas de la vida seglar que absorben y consumen los corazones. Me parece que no será muy agradable ver a sus amadas distraídas por mil frivolidades y que es preciso tener muy poca sensibilidad de alma para soportar, sin rabia, que ellas sólo hablen de reuniones, de atavíos y de paseos. Ellas siempre están expuestas a asedios permanentes, y se comprometen a retribuir atenciones y complacencias y deben conversar con todo el mundo. ¿Quién puede asegurar que en todas esas ocasiones no sienten algún placer y que no soportan siempre con disgusto y mala voluntad a sus maridos? ¡Ah! ¡Cuánto deben ellas desconfiar de un amante que no les pide cuentas rigurosas de todo, que cree fácilmente cuanto ellas le dicen y que con mucha confianza y tranquilidad las ve sujetas a todos esos compromisos sociales!

Pero no pretendo probarle con buenas razones que debería amarme. Estos medios son pésimos y utilicé otros mucho mejores, que no sirvieron. Sé muy bien cuál es mi destino, para intentar superarlo. ¡Seré infeliz toda mi vida! ¿No lo era cuando lo veía todos los días? Me moría de susto de pensar que usted no me fuese fiel. Quería verlo a cada instante y no era posible. Me preocupaba el peligro al que el señor se exponía entrando en este convento. No vivía cuando estaba en la guerra. Me desesperaba no ser más hermosa y más digna de usted. Me quejaba de la mediocridad de mi condición. Temía muchas veces que el amor que parecía tener por mí, pudiera de algún modo perjudicarlo. Me parecía que no lo amaba lo suficiente. Me atemorizaba la ira de mi familia. Estaba, en fin, en un estado tan lastimoso como éste en que ahora me encuentro.

Si me hubiese dado pruebas de su pasión después de que partió de Portugal, habría hecho todos los esfuerzos para salir de aquí. Me habría disfrazado para irme con el señor. ¡Ay! ¡Qué habría sido de mí si, después de llegar a Francia, no me hubiera determinado!

¡Qué escándalo! ¡Qué disparate! ¡Qué cúmulo de vergüenza para mi familia, a la que tanto quiero ahora que no lo amo a usted!

Ya ve usted que reconozco, con mucha serenidad, que era posible llegar a ser más desgraciada de lo que soy. Al menos le hablo una vez en la vida con lucidez. ¡Cuán grata le será mi moderación! ¡Cuán contento quedará de mí! No quiero saberlo. Ya le pedí que no vuelva a escribirme y se lo pido otra vez.

¿Acaso nunca consideró, aunque fuera un poco, la forma como me ha tratado? ¿No piensa en que está más obligado a mí, que a nadie más en el mundo? ¡Lo amé como una loca! ¡Cómo desprecié todo! Su proceder no es el de un hombre de bien. Es preciso que tuviera una aversión natural contra mí, para que no me amase sin medida. ¡Me dejé encantar por cualidades muy mediocres! ¿Alguna vez hizo algo para agradarme? ¿Qué sacrificios hizo por mí? ¿No buscaba muchos otros placeres? ¿Renunció al juego y la caza? ¿No fue usted el primero en partir para la guerra y el último en volver? Expuso allí locamente su vida, a pesar de haberle rogado yo tanto que no lo hiciera, por amor a mí. No hizo nada para establecerse en Portugal, donde era muy apreciado. Una carta de su hermano lo decidió a partir sin dudar un instante. ¿Y no supe que iba muy contento durante el viaje?

Debo confesar que debería odiarlo mortalmente. ¡Ay! Fui yo, bien lo sé, quien sobre mí atrajo todas estas desgracias. Me acostumbé desde el principio a una gran pasión con demasiada inocencia y es necesaria alguna argucia para hacerse amar. Es necesario buscar con ingenio los medios de inflamar el corazón: el amor por sí solo no enciende la llama del amor.

El señor lo hizo mejor que yo: pretendía que yo lo amase y como se había trazado ese plan, estaba resuelto a emplear todos los medios para conseguirlo. Inclusive amarme de veras, si hubiese sido necesario. Pero pronto se dio cuenta de que podía salir bien de su empresa sin pasión y que la pasión no era necesaria. ¡Qué perfidia! ¿Creyó que podía engañarme impunemente? Le digo que si por algún acontecimiento fortuito volviera a este país, yo misma lo entregaría a la venganza de mi familia.

Viví mucho tiempo en un abandono y en una idolatría que me horrorizan y mis remordimientos me persiguen con saña. Siento profunda vergüenza por los delitos que me hizo cometer y me falta, ¡ay de mí!, la pasión que me impedía conocer la enormidad de éstos. ¿Cuándo dejará mi corazón de ser lacerado? ¿Cuándo me verá libre de este tormento tan cruel? A pesar de todo, creo, señor, que no le deseo mal alguno y que

estaría, inclusive, decidida a aceptar que fuese usted feliz. Mas, ¿cómo podrá serlo, si tiene un corazón tan duro?

Quiero escribirle otra carta para demostrarle que estaré más tranquila dentro de un tiempo. ¡Qué gusto me dará poder, entonces, enrostrarle su injusto proceder, cuando ello ya no me mortifique tanto, y demostrarle que lo desprecio; que hablo con profunda indiferencia de su traición; que olvidé todos mis placeres y todas mis penas y que sólo me acuerdo del señor... cuando así lo deseo. Acepto que tiene grandes ventajas sobre mí y que me inspiró una pasión que me enloqueció, pero no debe vanagloriarse por esto. Era joven, crédula, me tenían encerrada desde la infancia en este convento; aquí no había visto sino gente adusta; jamás había recibido los elogios que me decía permanentemente; creí deberle todos los atractivos y la belleza que decía admirar en mí y que me hacía descubrir; oía hablar muy bien de usted; todos hablaban a su favor; usted, señor, hacía todo para despertar mi amor. Mas, en fin, salí de este encantamiento...; contribuyó usted a ello y confieso que lo necesitaba.

Al devolverle sus cartas, guardaré cuidadosamente las dos últimas y volveré a leerlas muchas más veces de lo que leí las primeras, como una medida para no recaer en mis flaquezas. ¡Ah! ¡Cuánto me han costado éstas y cuán feliz habría sido si hubiese aceptado que yo lo amase para siempre! Sé muy bien que todavía les presto mucha importancia a mis quejas y a su infidelidad; pero recuerde que me he prometido un estado más tranquilo y que he de alcanzarlo, o que he de tomar contra mí alguna decisión desesperada, ¡que conocerá sin mucha pena! Pero de usted no quiero nada más. Soy una estúpida al repetirle las mismas cosas tantas veces. Es menester que lo deje y que no piense más en usted. Creo, así mismo, que no volveré a escribirle. ¿Acaso tengo obligación de rendirle cuentas de mi vida?

**¿Adiós, Mariana?**

**Montserrat Ordóñez**

¿Adiós, Mariana?

¿Cómo puedo desenredar los nudos de esta madeja que he guardado tantos años sin terminar de tejer? Tus cartas, Mariana. Tus cartas llenas de interrogantes, retorcidos anzuelos que sólo se pueden contestar con más dudas. ¿Quién eres? Te han buscado en la historia y en los archivos, pero aun así no sé quién eres, no sé si has existido, no estoy segura de que seas esa Mariana Alcoforado, que dicen que fue abadesa y murió anciana. No sé bien si eres una mujer, un hombre o un ángel caído, si estás hecha de realidad o de ficción, si vienes de Francia o de Portugal. Sé que existes en tu texto, en todos los que te hemos leído y te hemos imaginado, Mariana construida y así viva. No, nadie firma tus cartas, esas primeras *Lettres Portugaises traduites en françois* de 1669, que ya no pueden ser primeras porque remiten a un original perdido o inventado, y porque declararte traducida era ya reinventarte y traicionarte. No, no importa quién fuiste, quién eres, porque la persona que te lee te presta su identidad y toma la tuya prestada, por un rato, y juega así contigo a todos los amores.

Jugamos también a todos los misterios. Al misterio de la autoría, al misterio de la lengua, al misterio del honor nacional. Cinco cartas portuguesas anónimas, sin fecha, traducidas al francés. Pocas semanas después de la primera publicación, aparece una edición holandesa que indica que Noël Bouton, caballero de Chamilly, las había recibido, y que Monsieur de Guilleragues las había traducido. Esa es una de las tantas pruebas de autenticidad por las que te hicieron pasar, hasta llegar a ese siglo XIX obsesionado por los datos y las verdades únicas. Entonces sí, unos te encontraron, demostraron tu existencia, te reescribieron en tu portugués original. Y otros aseguraron que detrás de tu texto no había una mujer sino un hombre, el escritor Guillerages. Hasta han dicho que



están demasiado bien escritas para que las hubiera escrito una mujer, ¿puedes creerlo? Pero sí, podría haberte escrito un hombre, no me extrañaría, porque tantos hombres han construido su vida y sus textos con vidas y textos ajenos que se han convertido en modelos de escrituras, de sentimientos, de conductas. Escribir, entonces, como la monja portuguesa, ¿sería escribir como un hombre? ¿Tal vez como un hombre quiere que la mujer le escriba? No pelean por tus cartas, sino por su autoría, cuando lo único, lo único que nos conmueve es el escrito.

Luego, el misterio de la lengua. ¿Cuál es tu lengua, Mariana? ¿Por qué no podías escribir tú en francés? No me extrañaría que hablaras en francés con tu amante, y con tu amor. Porque hablas mucho con tu amor y tu pasión. Al empezar tu primera carta y escribir «*Considère, mon amour, jusqu'à quel excez tu as manqué de prévoyance*», ese amor no es tu caballero, sino el amor que tú llevas por dentro. Es ese amor el que te ha traicionado, y es a tu amor al que han traicionado. ¿Podríamos imaginar un francés del siglo XVII, vivido y hablado en un convento de Portugal, entre monjas cultas que leían, escribían, y sabían lenguas romances? Ya ves, nunca se sabe para qué nos van a servir los idiomas. ¿O no sabías francés y él sí hablaba portugués? Qué extraño parece que tú no hablaras el idioma que ayudaste a convertir en la lengua del amor. Porque parece que el amor necesita palabras, o al menos ese es el gran engaño en el que hemos estado metidos, en creer que el amor necesita palabras. Tú le diste el gran impulso al discurso amoroso, a la carta amorosa. No te inventaste el amor, ni la distancia, ni las cartas, pero te convertiste en modelo y después de ti se hablaba de “escribir una portuguesa”, de escribir “*à la portugaise*”. La traducción al inglés de Sir Roger L'Estrange en 1678 se reeditó por años, y a partir de tus cortas cartas sueltas en francés e inglés las novelas epistolares empezaron a inundar Europa. Se escribieron durante más de un siglo, cada vez más complejas y enredadas, hasta la total saturación. Sin contar la asombrosa

cantidad de imitaciones, continuaciones y respuestas dirigidas a ti, durante más de tres siglos, que prueban que este juego de hablar contigo no se puede clausurar con tanta facilidad. Creo que el más arriesgado ha sido el de María Isabel Barreño, María Teresa Horta y María Velho da Costa, que escribieron a tres voces *Las tres Marías. Nuevas cartas portuguesas*, publicado en Portugal en 1972 y censurado poco después. El proceso en contra de sus autoras duró cerca de dos años, y tú, Mariana, fuiste la fuerza y la sombra que movió tantas pasiones.

Tal vez sí escribiste tus cartas portuguesas en portugués. Pero si fue así, te arrancaron la lengua, te robaron la lengua. Aunque tus compatriotas han tratado de devolvértela, de reclamarte como autora nacional, y restituirte así el honor de la pluma y de la tierra, a ti, seducida por el militar invasor y traicionada por él y por Barbin. ¿Te diste cuenta de que ese primer editor francés te ignora por completo en su aviso de presentación al lector? Se preocupa por el destinatario, por el traductor, por los lectores, y hasta por los errores de impresión. Pero no te menciona y no le importa lo que tú puedas sentir, así robada, publicada, expuesta, usada. Tu amante no sólo te abandonó, sino que compartió con otros tus cartas, tu propio cuerpo. Por algo tú querías que los tuyos te vengaran, cuando en la última carta le decías: «Si algún azar os devuelve a este país, os declaro que os entregaré a la venganza de los míos». Parece que de muchas maneras eso se ha dado, en especial cuando borran y niegan tu francés. Aunque también creo que es tarde, y que no importa tu lengua, ni tu lugar en una literatura nacional exclusiva, cuando eres parte de un género sin fronteras que aún hoy sigue vigente, así sea con correo electrónico. Voy a eludir la ferocidad de ese debate. Has sido tan traducida, tan reescrita, que sólo queda tu texto, cualquier versión de tu texto, y sólo veo cómo te construyes en él. Sin lengua, sin patria, sin sexo. Tu cuerpo en el texto. Mariana amante y escritora.

Me pregunto quién eres durante y después de tu escritura. Mariana enamorada y desesperada, ¿tú sabes cuánto dura el amor? ¿Más de seis meses, más de un año, según tus cartas? No hay reglas, pero sí sabemos que los amantes eternos son los que mueren en pleno amor, antes de conocer el desgaste. Tú procesas tu amor cuando lo escribes, con fascinantes pliegues y dobleces. Lo llamas, lo buscas, lo reencuentras dentro de ti, y te sacudes de él. Sacrílega, terminas una carta diciéndole: «Adiós, adiós, tened piedad de mí». Te diriges a él con las palabras que debías guardar para tu Dios, porque tu sentimiento te parece nuevo, pero tienes que expresarlo con tu lenguaje viejo. Aunque ni siquiera cuando te has desilusionado la religión te toca, y terminas tus cartas imaginando a otro amante, mejor que el que tuviste. Intentas seducirlo con palabras y lo que logras es seducir a tus lectores durante siglos. ¿Quién lo recuerda a él? ¿A quién le importan sus cartas, con páginas en blanco que no saben decir nada? ¿En qué conviertes a tu amante? ¿Lo recuerdas o lo inventas? ¿Lo recreas, o tal vez lo evocas para dejar de recordarlo? Reinterpretas los recuerdos y logras la venganza de tu permanencia, no la de él. Porque tú existes y consigues construir una ausencia tan poderosa que devora y hace desaparecer la corporeidad de tu caballero. Te agarras de sus objetos y recuerdos, y quieres destruirlos. Pero decides desprenderte de ellos, de las pulseras, de sus cartas, de su retrato, y haces que doña Brites, tu confidente, se los envíe. Guardas las dos últimas pruebas de su rechazo. El único objeto en el que decides confiar es la letra en el papel, Mariana lectora y escritora.

¿Te has dado cuenta, Mariana, de que adoras tu papel? «*Adieu, je ne puis quitter ce papier, il tombera entre vos mains, je voudrais bien avoir le mesme bon-heur*», dices. El papel es tu representación y ahí actúas tu amor, un acto que será sólo tuyo, tu actuación. Tu escritura es tu estrategia de conocimiento y de sobrevivencia. Te quejas de tu salud, pero sigues escribiendo. Pasas por los tormentos del amor y del odio, por esa violencia y

esa locura que tú llamas, apenas, como si nada, “impulsos contradictorios”. Tus famosos “*mouvements*”, que tanto has repetido y ofrecido y que al fin decides esconder, con la última palabra en la última frase de tu quinta carta, son mucho más que impulsos o anhelos, agitaciones o pasiones: «*Je crois mesme que je ne vous écriray plus: suis-je obligée de vous rendre un compte exact de tous me divers mouvements?*». Eres toda tú, cuerpo, alma, deseo (esa palabra que aún no sabes decir, ese cuerpo que aún no sabes cómo nombrar). Es tu deseo que se abre y se cierra en su ritual y su danza. Y si tu amor es placer y dolor, espada y corazón, cuando escribes se convierte en pluma y en papel. Tu escritura en deseo, tu deseo en escritura. Adoras tu papel, te agarra a la vida, y sin darte cuenta vas dejando de escribirle al caballero. Te escribes, no le escribes. Mira: Mariana se mira mirando al caballero. ¿Qué pasa cuando por fin dejas el papel? ¿A quién diriges tu interrogante final? Quisiera pensar que ya no es a él sino a ti misma, en un juego retórico con el que nos atrapas a todos. Porque con un interrogante te metes en los sueños, en las culpas y en los deseos de quien te lee.

¿Cómo sales de tu texto, Mariana? Tienes que escoger entre el olvido o la muerte, porque has rechazado su amor (no el amor, no tu amor). Te imagino aún dolida, pero viva. Al final te descubres bella, y joven, y orgullosa, y dueña de una pasión y de un olvido que son sólo tuyos. Y si es verdad que fuiste esa Mariana Alcoforado que encontraron en un convento de Beja, saliste tan viva de tus cartas que aprendiste incluso a esperar otra muerte, a no morir de amor. En el convento eres tu dueña, no le perteneces a nadie. Construyes tu amor por dentro y te imagino sola, limpia, libre, desprendida, lista a otros encuentros sin palabras. O tal vez con palabras, que no conocemos. Te rodean otros ritos, los cantos, los gestos que reemplazan el rito de las cartas. Las has jugado, y las cartas te han cambiado, aun bordeando la locura y asomándote a todos los abismos. No te fue tan mal: empezaste víctima y terminas artista.

No hemos aprendido mucho desde que tú escribiste tus cartas. Ni los hombres ni las mujeres. Ahora hay más mujeres que abandonamos, más rituales de creatividad y más alternativas a tu vida en el claustro. Tal vez tú nunca supiste, por ejemplo, que algo peor que los caballeros que desaparecen son los caballeros que regresan. Tratamos de recordar lo que tú descubriste: que la pasión es nuestra y que nadie nos la puede arrancar. Por suerte ya no nos dicen que el único amor es el primero, pero siguen asediándonos con el estribillo «así, sólo una vez en la vida», y si nos dejáramos nos perseguiría como un espejismo hasta morir. Nos gustaría ser cada vez más fuertes para seguir amando, para volver a amar, pero nos amenaza la fragilidad, ese rasgo que no es femenino sino de todos los seres vivos en el tiempo. Aun así, algo hemos avanzado en el discurso y en la práctica del amor, y seguramente, aun sin saberlo, en parte gracias a tus cartas. Hablamos de deseo, y sabemos que no es lenguaje, que no se puede articular, y seguimos haciendo discursos sobre el deseo que se resisten a cerrarse. El lamento es parte de ese discurso, porque mientras se ama no se piensa el deseo, se vive y no se escribe. Escribes cuando hay ausencia, cuando no puedes amar: no hay carta que reemplace a la pasión. El deseo y el cuerpo se oponen al lenguaje, pero la venganza del lenguaje es convertirse en cuerpo. Así, no hay más remedio que escribir, y escribir renueva la pasión. Nos copiamos la pasión, de amante a amante, de escritor a lector y a escritor otra vez. Repetimos códigos que esconden el amor, porque ¿quién puede hacer un discurso amoroso mientras ama? Cuerpos o palabras, eso es todo lo que tenemos. Y si en esa búsqueda descubrimos el placer de escribir, encontramos los juegos de otra pasión que no se puede dejar con facilidad, como tú sabes, Mariana. Entonces, ¿escribir es desear, otra vez? ¿Queremos seguir siendo prisioneras?

Escribir o no escribir es una grave decisión. Pero ¿cartas, Mariana? ¿Cómo te atreviste? ¿No te dijo tu madre que las palabras el viento se las lleva pero lo escrito

escrito queda? El consejo del silencio. Nunca te expongas, nunca digas lo que sientes. No escribas cartas. No escribas. Te traicionarán. Pero no se puede pasar sin dejar rastro, y los besos y los suspiros y los gemidos y las lágrimas y las risas no son suficientes. Y ese tiempo de papel, de texto construido, tejido, es una manera de dejar huella, de construir vida, propia y ajena. Por eso te respeto, por arriesgarte a todo, hasta al exceso de sentimientos. Porque ¡qué espectáculo el de tus cartas, Mariana! Por todos los salones de Europa, en tantas lenguas, en todas las lenguas. ¡Qué espectáculo tan obsceno! Ahora callamos, o hablamos de erotismo. Pero aún no sabemos cómo recuperar los sentimientos, y el discurso amoroso nos tortura y nos incomoda aún más que el amor. En fin, tú escribiste tus cartas y nos haces pensar en que toda escritura es eso, una carta, una botella de vidrio verde y azul arrojada a la espuma del mar.

Para terminar, te voy a contar un cuento, Mariana. Tal vez ya lo sabes, porque es un cuento del Convento Velho de carmelitas, en las montañas de Portugal, con monjas y princesas portuguesas. Un cuento titulado “La página en blanco”, de alguien que también fue víctima del amor y de la escritura, Isak Dinesen. Y que nos presenta como recogido y transmitido por cuenteras, que temen descubrirles a sus oyentes el gran secreto de los cuentos: cómo hacer hablar al silencio. Nos cuentan que había una vez un convento muy rico, de nobles damas que escogían el claustro y que eran conocidas por cultivar e hilar el más fino lino, y convertirlo en la más delicada y preciosa tela de Portugal. Era privilegio del convento proporcionar sábanas nupciales de lino a las jóvenes princesas de la casa real. Y era la costumbre de la casa real colgar la sábana de un balcón del palacio, la mañana después de la noche de bodas, y proclamar *Virginem eam tenemus*. La pieza central de la sábana, prenda del honor de la novia, se devolvía al convento y se enmarcaba con lujo. Allí, en una larga galería, colgaba la fila de marcos de oro, cada uno adornado con una pequeña corona con el nombre de cada princesa. Los cuadros de lino,

con sus marcas de presagios desvanecidas, eran la atracción de las peregrinas, viejas princesas y nobles damas de Portugal que regresaban a tratar de leer en esas telas los signos que explicaran sus historias y sus destinos. Pero ahí tiembla y casi enmudece la cuentera de Isak Dinesen, porque entre todos los cuadros hay uno diferente, con un marco igual de pesado y también con corona de oro. Ese no tiene inscrito el nombre de la princesa, y el lino es blanco como la nieve, una página vacía. Las ancianas princesas y sus damas, la madre abadesa y las monjas jóvenes y viejas se han detenido siempre ante este cuadro con más atención que ante los otros, sumergidas en profundos pensamientos.

Todo esto, Mariana, debiste de saberlo, y tal vez también recorriste la larga serie de cuadros de lino y descifraste las historias que escribieron las princesas con sus cuerpos. ¿Qué pensarías tú ante la página en blanco? ¿Pensarías en una princesa que no amó, que amaría más tarde, o que ya había amado? ¿Pagó con su vida la página en blanco, la historia que no quiso contar? ¿O tal vez la contó y alguien murió por ella? ¿O contó historias toda la noche y logró sobrevivir? ¿Tal vez fue el esposo quien no supo amarla? ¿O fue ella la que no dejó que se acercara? ¿Cómo habría sido el resto de la vida de esa princesa sin nombre? ¿Crees que la enviaron a un convento o que tal vez ella tomó la decisión de entrar en alguno? ¿La conociste o conociste a alguna monja parecida, que te acompañó y consoló en tus amores y en tus olvidos? Ese cuadro, que intenta ser una admonición, es más bien una tentación. Así, en blanco, es la evidencia de la subversión, de la resistencia, de la diferencia.

No todos los silencios logran hablar, porque tal como existen las voces del silencio, también hay silencios vacíos. Pero en esa historia habla el silencio. Dinesen y las cuenteras lo han logrado. Nos muestran cómo enmarcar el silencio para que nos cuente secretos y para que los secretos no puedan agotarse. Sé que te hubiera gustado, Mariana, sentarte a oír el cuento, y ser monja de ese convento, y recorrer sus pasillos y adivinar las

historias de las princesas y sembrar e hilar el lino de las sábanas. ¿Te movías entre velos, túnicas, tocas, hábitos y pañuelos bordados mojados de lágrimas? Pero ¿qué hiciste con tus sábanas, Mariana? ¿No se te ocurrió enmarcar tu propia tela, y leer allí tu historia, mucho más evidente que en el retrato del caballero? No, porque tus sábanas son tus cartas, Mariana. Tú decides que el lino no es suficiente y que tu historia es la figura de una larga pluma, con la que te escribes. ¿No sabes que mientras tú escribías, mucho más al norte, Vermeer pintaba mujeres que recibían, leían y escribían cartas de amor? Damas entre luces, sorprendidas o concentradas en esa tarea erótica, que reemplaza a la música y a las risas. Porque, dime, ¿cuándo oyes música, cuándo cantas y te ríes, Mariana? Hay tantas lágrimas y suspiros en tus textos que casi sospecho que exageras. Sé que mientras escribes estás viva, y debe de haber flores y pájaros y ruidos de agua en el claustro del convento. Además, mujeres juntas hablando de amores, paseando, tejiendo, cocinando, deben de terminar en risas.

Me enredo, Mariana. No más cartas. Me enredo en las preguntas y en las suposiciones. Adiós, adiós, trato de dejar este papel, que nunca estará entre tus manos. ¿Crees que te traicionamos todos los que te hemos invadido y luego abandonado? ¿Me atrevo a decir adiós, Mariana?

**Montserrat Ordóñez**